

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LX, número 18 (2.816)

Ciudad del Vaticano

5 de mayo de 2023

Esfuerzos creativos de paz



Profecía y oración

ANDREA MONDA

En su segundo discurso de su viaje apostólico a Hungría, el Papa Francisco instó a una acogida profética. O mejor dicho, "abierta a la profecía" porque, explicó, hablando de manera improvisada, "no me gusta usar el adjetivo "profético", se usa demasiado. El sustantivo: profecía. Estamos viviendo una crisis de sustantivos y acudimos con demasiada frecuencia a los adjetivos. No: profecía. Espíritu, actitud de acogida, de apertura y con la profecía en el corazón".

El Pontífice se dirigió en primer lugar a los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y agentes de pastoral, pero su discurso es tan importante como valioso para todo el pueblo fiel de Dios. Y precisó también lo que entiende por una acogida abierta a la profecía: "Supone aprender a reconocer los signos de la presencia de Dios en la realidad, incluso allí donde no aparece explícitamente marcada por el espíritu cristiano y

SIGUE EN LA PÁGINA 0

A los jóvenes que se preparan a la JMJ

En camino hacia un horizonte de esperanza

Participar en la Jornada Mundial de la Juventud es «una cosa linda» y provoca alegría. Lo asegura el Papa Francisco en un videomensaje a los jóvenes que se están preparando para la próxima JMJ, que se celebra dentro de tres meses en Lisboa. En el vídeo - grabado el pasado 27 de abril en la Casa Santa Marta por monseñor Américo Manuel Alves Aguiar, obispo auxiliar de la ciudad portuguesa anfitriona del encuentro - el Papa invita a los jóvenes a que «pongan esperanza», porque «se crece mucho en una Jornada así». Incluso sin darse cuenta, añade, «las cosas dentro, quedan los valores que hemos encontrado dentro, las relaciones que hemos tenido con otros jóvenes de otros países»: todo «queda dentro y sobre todo ver la fuerza juvenil». La Iglesia, subraya, «tiene fuerza de joven. Así que adelante». De este modo sugiere prepararse bien al evento mirando a las raíces y tratando, en primer lugar, encontrar a los ancianos: hay que hablar con los abuelos, afirma, porque «les van a dar sabiduría, pero ustedes siempre adelante».

La oración del Papa por los movimientos y grupos eclesiales

Don y riqueza para la Iglesia

«Los movimientos eclesiales son un don, son la riqueza en la Iglesia»: así Francisco presenta la intención para el mes de mayo encomendada por él a su Red mundial de oración. El video que la acompaña, difundido en la tarde del martes 2 de mayo, cuenta a través de las imágenes, la vida cotidiana de los que pertenecen a estas realidades, mostrando cómo tantos carismas diferentes reconducen a la única misión de anunciar el Evangelio.

Empezando por los scouts portugueses, que se dirigen en peregrinación con la cruz de la JMJ - programada para agosto en Lisboa - o de los neocatecumenales comprometidos en la evangelización por las calles de las ciudades americanas. Las palabras del Papa evidencian el objetivo de los movimientos, que «renuevan la Iglesia con su capacidad de diálogo al servicio de la misión evangelizadora». Estos, de hecho, «redescubren cada día en su carisma nuevas formas de mostrar el atractivo y la novedad del Evangelio». ¿De qué forma? «Hablando idiomas diferentes- parecen diferentes, pero es la creatividad que crea esas diferencias. Pero entendiéndose

siempre y haciéndose entender» explica el Pontífice.

Se ven, después, imágenes del compromiso misionero del movimiento Shalom en Madagascar y de los miembros de Comunión y liberación en Filipinas. Sin olvidar escenas de cotidianidad de los pertenecientes a Nuevos Horizontes junto a las familias de las favelas brasileñas y de la Comunidad Juan XXIII junto a las de Kenia.

Este compromiso debe estar orientado, como señala Francisco, «trabajando al servicio de los Obispos y las parroquias para evitar cualquier tentación de encerrarse en sí mismos, que este puede ser el peligro, ¿no? Manténganse siempre en movimiento, respondiendo al impulso del Espíritu Santo, a los desafíos, a los cambios del mundo de hoy» exhorta.

En el vídeo se ven después a los miembros de la Comunidad de San Egidio acogiendo refugiados de Libia que han llegado con los corredores humanitarios, mientras los focolarinos están limpiando playas contaminadas en el sureste asiático. O también, los chicos del Movimiento eucarístico juvenil, vincula-

do a la Red mundial de oración, que participan en su congreso internacional, en adoración delante de la Eucaristía. Después, el Papa hace una petición: «Manténganse en la armonía de la Iglesia, que la armonía es un don del Espíritu Santo», y una solicitud de oración: «Oremos para que los movimientos y grupos eclesiales redescubran cada día su misión, una misión evangelizadora, y que pongan sus propios carismas al servicio de las necesidades del mundo. Al servicio».

Este mes el vídeo ha sido realizado también en colaboración con el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, que entre las tareas que tienen está la de acompañar el nacimiento y el desarrollo de las asociaciones de fieles y de los movimientos eclesiales.

Difundido a través de la página web www.thepopevideo.org, la grabación traducida a 23 lenguas y con una cobertura de prensa en 114 países ha sido creado y producido por la Red mundial de oración en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la comunicación.

El Papa a los participantes de un congreso de las universidades católicas de América Latina y el Caribe

La misión de formar poetas sociales exploradores del futuro

La misión de formar poetas sociales exploradores del futuro fue encomendada por el Papa a la Organización de Universidades Católica de Latinoamérica y el Caribe (ODUCAL), reunidos en estos días en Roma para un congreso con ocasión del 70º aniversario de la fundación. Francisco recibió a los participantes la mañana del 4 de mayo, en la sala clementina, dirigiéndoles el discurso que publicamos a continuación.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buen día!

Saludo al Sr. Cardenal José Tolentino de Mendonça, Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación le agradezco por las palabras amables. Saludo al Presidente de ODUICAL, Ing. Rodolfo Gallo Cornejo, a los Vicepresidentes de las Sub Regiones Andina, México, Centro América y el Caribe y el Cono Sur. Saludo a los miembros de la Organización que se encuentran en Roma para conmemorar el 70 aniversario de su creación. Llegan unidos por el espíritu colaborativo y fraterno que caracteriza a la organización y se reúnen, en esta particular ocasión, para enriquecer los vínculos y fortalecer la red a partir del tra-

tina, «la pobreza y la desigualdad son una llaga que se profundiza en lugar de aliviarse. La pandemia y sus consecuencias, el contexto mundial agravado en lo político, económico y militar, así como la polarización ideológica, parecen cerrar las puertas a los esfuerzos de desarrollo y anhelos de liberación. La presente crisis no es solo una oportunidad para constatar el agotamiento de sistemas y modelos económicos, sino que mueve a superar soluciones prejuiciosas como las que alimentan los esquemas de polarización ideológica, emocional, política, de género y de exclusión cultural» [1]. En todo caso, no nos asustemos frente al «caos», porque precisamente de ahí Dios hace sus obras más hermosas y creativas. Si la palabra «universidad» deriva de «universo», es decir, el «conjunto de todas las cosas», el adjetivo «católica» la refuerza y la inspira. «Católico», en efecto, significa «según el todo», «a partir del todo». Y aquí ya hay como una referencia a la armonía. Vuestra tarea es contribuir a formar mentes católicas, capaces



interesa de toda la condición existencial y no solo de una parte —la feliz o la dolorosa—, porque en todas habita la gloria de Dios. Si la alegría atrae a tal punto de silenciar la voz del dolor de cercanos y lejanos (¡o incluso a veces la propia, la alegría que anestesia!), es solo euforia, no tiene alcance. No cura las heridas, esa alegría no cura, sino

ha decepcionado. El dolor se transforma en pretexto para despreciar el pan cotidiano de la consolación, que el Señor no deja faltar ni siquiera en la jornada más dura. Ustedes son universitarios, hombres y mujeres con amplitud de miras, por eso ¡sean «católicos»! En este sentido de la palabra, no «católicos» así sectarios. Son católicos

las heridas tan dolorosas que ofenden hoy a nuestra amada América Latina, donde los ricos se vuelven cada vez más ricos, los pobres cada vez más pobres. Alimenten el fuego encendido por Dios en América Latina, alimentenlo así. Y en esto los ayudará también el Pacto Educativo Global, que he confiado a la entonces Congregación para la Educación Católica y ahora al nuevo Dicasterio para la Cultura y la Educación. Supe con alegría que muchas universidades coordinadas por su asociación y la misma asociación promueven con energía ideas y proyectos inspirados en el Pacto Educativo Global. Por favor, sigan adelante. Considero que el Pacto —no solo educativo, sino también cultural— contribuya de manera significativa a lo que he llamado la «tercera misión» de la universidad. Es hermoso que las universidades tengan misiones. Una universidad católica debe ser misionera, es decir, de puertas abiertas al exterior, porque la misión es la inspiración, el motor, el esfuerzo y la recompensa de toda la Iglesia», estimó. Permite formar personas para escuchar la diversidad de los pueblos. «Si tuviera que traducir la palabra 'misión' en el mundo académico usaría la palabra 'investigación'. El investigador tiene el espíritu y el corazón de un misionero», agregó el Papa. «El misionero conoce la alegría del Evangelio y no puede esperar a que otros lo prueben». Por tanto, está dispuesto a dejar sus hitos familiares para compartirlo, sin «presunción de saberlo todo». El «misionero ama la reciprocidad: enseña y aprende, convencido de que todos tienen algo que enseñar», continuó Francisco. «Entonces el buscador, si no está dispuesto a salir y aprender, renunciará a algún conocimiento maravilloso, mutilando así su propia inteligencia». Finalmente el pontífice deseó que estas universidades sudamericanas puedan formar «espíritus misioneros», al tiempo que se convierten en centros de investigación «de renombre mundial».

conocerlo todo. Sabe, y se deja sorprender por lo que conocerá. Por eso, el misionero ama la reciprocidad: enseña y aprende, convencido de que todos tienen algo que enseñar. Así el investigador, si no está dispuesto a salir y a aprender, renunciará a quién sabe qué maravilloso saber, mutilando su misma inteligencia. Es muy triste encontrar intelectuales, hombres y mujeres de grande inteligencia, pero con la inteligencia mutilada. Que sus ateneos, como instituciones académicas particulares y como redes de universidades católicas, puedan convertirse en centros de investigación valorados en todo el mundo. También así formarán mentes misioneras. Hermanos y hermanas, les agradezco lo que hacen. ¡Sigán adelante! Que la Virgen los acompañe. Los bendigo de corazón y les pido que por favor recen por mí. [1] CISAV, América Latina: Diagnósticos y desafíos, Dossier Estudios Latinoamericanos, febrero 2023, p. 23.

Encuentro de rectores de ODUICAL en Roma

Celebración de la Santa Misa en la Capilla de la Tumba de San Pedro y audiencia privada con s.s. Papa Francisco. En el marco de las actividades llevadas a cabo en conmemoración a los 70 años de creación de la Organización de Universidades Católicas de Latinoamérica y el Caribe, los rectores asistieron a la celebración de la Santa Misa en la Capilla de la Tumba de San Pedro, la misa fue presidida por el Padre Francisco Yañez y participaron de la celebración más de veinte sacerdotes que son rectores. Luego los Rectores mantuvieron una audiencia privada con s.s. Papa Francisco, fue el Cardenal José Tolentino de Mendonça, Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación, quien acompañó a los rectores a este encuentro. En su mensaje a los Rectores, s.s los instó a seguir adelante con sumisión educadora y formadora. Luego de enumerar algunos de los desafíos que enfrenta la región sudamericana, Francisco se centró en el significado del adjetivo «católico». «Su tarea es ayudar a formar mentes católicas, capaces de mirar no solo el objeto de su interés», recordó a los representantes de las universidades confesionales. En efecto, «una mirada extremadamente precisa y focalizada puede volverse fija, congelada y excluyente». Por el contrario, «ser 'católico' significa tener una visión panorámica del misterio de Cristo y del mundo, del misterio del hombre y de la mujer». «Necesitamos mentes, corazones, manos a la altura del panorama de la realidad», sin ideologías, estimó el Papa. Por lo tanto, los estudiantes y profesores deben tener en cuenta «el todo de la condición existencial y no una

sola parte -alegría o tristeza-, porque en cada una de ellas reside la gloria de Dios». También se trata de encontrar el equilibrio adecuado, para que ni el dolor ni la alegría abrumen al otro. Francisco también invitó a las universidades de la ODUICAL a seguir participando en el Pacto Educativo Mundial, que él mismo lanzó en 2019. Este pacto, explicó, favorece en particular la dimensión misionera. «Una universidad católica debe ser misionera, es decir, de puertas abiertas al exterior, porque la misión es la inspiración, el motor, el esfuerzo y la recompensa de toda la Iglesia», estimó. Permite formar personas para escuchar la diversidad de los pueblos. «Si tuviera que traducir la palabra 'misión' en el mundo académico usaría la palabra 'investigación'. El investigador tiene el espíritu y el corazón de un misionero», agregó el Papa. «El misionero conoce la alegría del Evangelio y no puede esperar a que otros lo prueben». Por tanto, está dispuesto a dejar sus hitos familiares para compartirlo, sin «presunción de saberlo todo». El «misionero ama la reciprocidad: enseña y aprende, convencido de que todos tienen algo que enseñar», continuó Francisco. «Entonces el buscador, si no está dispuesto a salir y aprender, renunciará a algún conocimiento maravilloso, mutilando así su propia inteligencia». Finalmente el pontífice deseó que estas universidades sudamericanas puedan formar «espíritus misioneros», al tiempo que se convierten en centros de investigación «de renombre mundial».

bajo en comunión. La ODUICAL, fundada en Chile por Mons. Alfredo Silva Santiago, Arzobispo de la Diócesis de Concepción con el apoyo de otras universidades, está integrada por 115 universidades, lo que representa actualmente 1.500.000 alumnos, más de 110.000 profesores y más de 5000 programas académicos de diferentes niveles. Es la organización más numerosa dentro de la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC). Esto hace que la Organización goce de solidez en el trabajo académico y, a la vez, que tenga en sus manos una gran responsabilidad, tanto en el presente como en el futuro de América Latina. Bien dice uno de los objetivos de ODUICAL: «Contribuir a la formulación de políticas públicas relativas a educación, tanto en los ámbitos nacionales cuanto, especialmente, en los supranacionales». En este sentido, y mirando la realidad de nuestra América La-

de observar no solo el objeto de su interés. Una mirada extremadamente precisa y focalizada puede volverse fija, fijada y excluyente. Tiene la precisión de un radar, pero pierde el panorama. En vez, ser «católico» significa tener una visión panorámica sobre el misterio de Cristo y del mundo, sobre el misterio del hombre y de la mujer. Necesitamos mentes, corazones, manos a la altura del panorama de la realidad, no de la estrechez de las ideologías. Doy un ejemplo de mirada católica, refiriéndome al comienzo de la *Gaudium et spes*, la Constitución que el Concilio Vaticano II dedicó al mundo contemporáneo, afirmando que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (n. 1), *Gaudium et spes* nos habla de la vida humana «católicamente», no selectivamente. Se

que las tapa, y las heridas tapadas se infectan. Al contrario, si la atención al dolor propio y de los demás consume las energías de la esperanza, se vuelve la excusa para cludir el riesgo y la voluntad necesaria para volver a apostar por la vida, aun si nos

y por eso, porque quieren ser católicos, ¡sean universitarios! Estoy convencido de que la calotividad de la mente, del corazón y de las manos, promovida por sus universidades y su asociación, puede contribuir de manera decisiva a la sanación de



L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unusquisque suam Non proculdubant

Ciudad del Vaticano

redazione.spagnola.ort@spcva

www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI

Director editorial

ANDREA MONDA

director

Silvina Pérez

jefe de la edición

Redacción

Piazza Pia, 3 - 00193 Roma

teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE

L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:

teléfono +39 06 698 45793/45794

fax +39 06 698 84998

e-mail: pubblicazioni.photo@spcva

www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:

Il Sole 24 Ore S.p.A.

System Comunicazione Pubblicitaria

Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano

segreteria@direzione.system@ilssole24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.

Dirección de Comunicación Social.

San Juan de Dios, 222-C. Col.

Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.

Del. Tlalpan. México, D.F.

teléfono + 52 55 2652 99 55

fax + 52 55 5318 75 32

e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,

Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú

teléfono + 51 42 357 82

fax + 51 431 67 82

e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

Mensaje del Papa por la institución de la Fundación Memorias Audiovisuales del Catolicismo

Para construir una memoria colectiva

El comité científico de la Fundación Mac – Memorias Audiovisuales del Catolicismo, presidido por monseñor Dario Edoardo Viganó, se ha reunido en la Biblioteca Apostólica Vaticana. El arzobispo Angelo Vincenzo Zani, archivero y bibliotecario de la Santa Iglesia Romana y miembro del comité, leyó el mensaje –que publicamos a continuación– enviado por el Papa para la constitución del organismo.

Al Presidente y a los miembros del Consejo de Directores y del Comité Científico de la Fundación Memorias Audiovisuales del Catolicismo

Con motivo de su creación, deseo expresar mis paternales buenos deseos y mi cordial aliento a los miembros de la Fundación Memorias Audiovisuales del Catolicismo, a su Presidente, a su Consejo de Administración y a su Comité Científico.

Los objetivos que pretende perseguir su Fundación responden a una verdadera urgencia cultural para toda la Iglesia. Recientemente, en la entrevista concedida a monseñor Viganó para su libro *Lo sguardo porta del cuore* (La mirada, puerta del corazón), insistí en la importancia de un mayor compromiso por parte

de toda la Comunidad eclesial, y en particular de la Santa Sede, hacia la custodia de nuestra “memoria a través de las imágenes”. Al fin y al cabo, las fuentes audiovisuales se han convertido en vestigios históricos centrales de nuestro pasado reciente: “Vivimos en el tiempo de la imagen – dije en la entrevista– y este tipo de documentos se ha convertido y se convertirá cada vez más en un complemento permanente de la documentación escrita para nuestra historia. Además, son documentos con un carácter intrínsecamente universal porque trascienden las fronteras lingüísticas y culturales, y pueden ser comprendidos con inmediatez por todo el mundo”. Al mismo tiempo, subrayaba cómo, a pesar de ser una herencia reciente, las fuentes son un patrimonio frágil que necesita cuidados constantes: la Iglesia católica, desgraciadamente, ya ha perdido gran parte de la documentación audiovisual que narra su historia de los siglos XIX y XX, debido al abandono y a la falta de recursos y conocimientos. Por estas razones, acожo con gran satisfacción el nacimiento de una Fundación como la vuestra, cuyo principal ob-



jetivo es la recuperación, conservación y valorización del patrimonio histórico audiovisual y documental relacionado con el catolicismo. Me parece significativo que vuestra institución, gracias a la implicación de las más importantes instituciones archivísticas, filmográficas y académicas, proponga una visión y un método basados en la puesta en común del patrimonio y de las más altas competencias y recursos al servicio de la transmisión de la memoria audiovisual del catolicismo. Tal horizonte puede señalar una dirección

para toda la Iglesia. Siguiendo las huellas de mis Predecesores, que mostraron un “cuidado vigilantísimo” en “conservar y transmitir a las generaciones futuras la memoria del Pontificado y de la obra de la Santa Sede” (Juan Pablo II, Motu Proprio *La cura vigilantissima*), imaginé un camino que pronto podría conducir al nacimiento de una institución que “funcionara como un Archivo Central para la conservación permanente, ordenada según criterios científicos, de los fondos históricos audiovisuales de los organismos de la

Santa Sede y de la Iglesia universal” (*Lo sguardo porta del cuore*, p. 20).

Me parece importante, por tanto, captar estas conexiones, así como, finalmente, subrayar que el lanzamiento de vuestra obra tiene como telón de fondo un importante aniversario, el 60º aniversario de la aprobación del decreto conciliar *Inter mirifica*, que cuenta entre los dones maravillosos de Dios los instrumentos de comunicación social, entre los que se encuentran, por tanto, los medios audiovisuales. Como señalé en el Mensaje para el

30º aniversario de la creación del Centro Televisivo Vaticano, “las palabras de los padres conciliares nos parecen proféticas; subrayaban justamente lo importante que es el uso de estos medios, de modo que ‘como sal y como luz darán sabor a la tierra e iluminarán el mundo’, llevando la luz de Jesucristo y contribuyendo al progreso de toda la humanidad”. Desde entonces, la tecnología de los medios audiovisuales ha viajado a gran velocidad, creando una cantidad antes inimaginable de sonidos e imágenes, documentando la historia del mundo y de la Iglesia. Hoy, por tanto, es también el momento de detenernos a recoger y conservar este enorme patrimonio audiovisual para iniciar un nuevo gran proceso de construcción de la memoria colectiva. Que el Señor os ayude a alcanzar vuestros importantes objetivos, permitiendo así a los historiadores del futuro releer la historia más reciente del catolicismo en toda su complejidad. Os bendigo de corazón.

Ciudad del Vaticano,
3 de marzo de 2023

FRANCISCO

Las Hermanas de la Caridad y de la Cruz, comprometidas en la lucha contra la trata de seres humanos

Llamadas a liberar a los esclavizados y a llevar la Buena Nueva a los pobres

En 2012, las Hermanas de la Caridad y de la Cruz de la India aceptaron el reto de adentrarse directamente en la difícil situación de las víctimas de la trata, y ahora participan en proyectos contra este delito en toda la India.

SR. MARGARET SUNITA MINJ

“El reino de Dios es un reino de derechos humanos, justicia, igualdad, dignidad, compasión y paz para todos. Hoy estamos llamados a construir su reino en particular para ‘liberar a los oprimidos y llevar la buena nueva a los pobres’ (cf. Lc 4,18). En este mundo de trágicos y complejos abusos contra mujeres y niños, especialmente de las clases más vulnerables, esta actividad criminal es una obscena afrenta a su dignidad y sus derechos”.

Por ello, en 2008, el Capítulo General de la Congregación de las Hermanas de la Caridad y de la Cruz abordó la cuestión de la trata de personas, con especial atención a la trata de niñas y mujeres. Los delegados presentes en el Capítulo estudiaron juntos el tema y buscaron formas de contrarrestar esta esclavitud moderna y grave violación de los derechos humanos. Así, para coordinar las actividades de la congregación, crearon un comité en la casa generalicia de Ingenbohl (Suiza), de donde es originaria la congregación.

Los primeros pasos en la India

Más tarde, el Congreso de Superiores Provinciales y Vicariatos –celebrado en la India en 2012–

sugirió que hiciéramos algo juntos. “El llamamiento del Papa Francisco a aunar esfuerzos para acabar con este delito nos ha reforzado aún más en nuestro compromiso como congregación”, afirma sor Regina. “Al estudiar el fenómeno de la trata de personas, que tiene una dimensión verdaderamente inmensa, surgió naturalmente la pregunta sobre nuestro papel en la pre-



vención de una red de delincuencia organizada tan extensa y masiva. Como en realidad sólo somos un grupo pequeño, sabíamos que teníamos que unir fuerzas con otros grupos que ya trabajan en este campo”. Mientras tanto, lo primero que había que hacer parecía ser encontrar una sede común en Delhi que pudiera acoger a varios miembros de las numerosas provincias de la India. En Delhi también hay muchas ONG que trabajan a distintos niveles: pre-

juvención, alejamiento, rehabilitación, reinserción... En 2017, las hermanas empezaron a trabajar junto con algunas ONG bajo la dirección de una coordinación nacional.

Junto con estas ONG, las hermanas patrullan las estaciones de ferrocarril de Nueva Delhi y Anand Vihar para interceptar a los niños: “Desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde, pa-

trullamos las estaciones de dos en dos en busca de niños”, explica la Hermana Regina. “Algunos se han escapado de casa por las razones más diversas; otros son comprados por traficantes para el trabajo infantil, para la mendicidad o incluso para el comercio de órganos. A las jóvenes se las seduce para que vengan a la ciudad con falsas promesas de un buen trabajo o matrimonio. Algunas adolescentes se escapan de casa y vienen a la ciudad con el sueño de un matrimonio feliz,

y llegan con poco o ningún dinero”. “Conocemos las señales particulares por las que identificar a estos niños y por eso nos acercamos a ellos con amabilidad e iniciamos una conversación con ellos”, prosigue la Hermana Regina. “Intentamos ganarnos su confianza y que nos cuenten detalles sobre sus movimientos e información sobre sus padres. Conseguir que nos cuenten su

historia, la verdadera, requiere mucho tiempo y paciencia. Les damos consejos y les concienciamos de la importancia del tráfico de menores. Luego hablamos con los padres para saber si conocen los movimientos del niño. Si descubrimos que viven en la ciudad o en las afueras, denunciamos a los niños directamente a los padres. Si no, los registramos en la comisaría, solicitamos un examen médico y los colocamos en hogares de acogida hasta que hayamos localizado a la fa-

milia. Para nosotros es una gran alegría y satisfacción ver a los niños reunidos con sus familias. La mayoría de los padres rompen a llorar cuando les damos la buena noticia de que su hijo está a salvo con nosotros”.

Desde 2016, la hermana Rajni dirige el centro de rehabilitación Holy Cross Asha Niwas en Majhatoli, Jharkhand. Las hermanas imparten programas de sensibilización a estudiantes y otros grupos sobre el tema de las consecuencias de la migración y la trata de seres humanos. En seis años, han llevado a cabo 150 programas. Con las visitas a domicilio, las hermanas pueden hacerse una idea del número de personas que han emigrado a la zona. “En el proceso de migración, muchas personas se convierten en víctimas de la trata de seres humanos y no pueden volver a casa durante muchos años. Hay padres que se ponen en contacto con nosotras porque les ayudamos a buscar a sus hijas para que puedan traerlas a casa”, dice la hermana Rajni.

El Centro de Rehabilitación de Majhatoli, Jharkhand

Como alternativa al regreso a casa, las hermanas ofrecen alojamiento a las niñas para que aprendan corte y confección y otras actividades generadoras de ingresos, como el cultivo de setas y la fabricación de velas. “Alojándose con nosotras recuperan la confianza en sí mismas y, cuando la familia está dispuesta a aceptarlas, las enviamos a casa”, prosigue la Hermana Rajni.

Actividades de lucha contra la trata de seres humanos en Hansqua

Junto con otras hermanas, Sor Teresa Dorjee trabaja con chicas analfabetas y abandonadas, pero también con algunas chicas con estudios que proceden “de las plantaciones de té y de las colinas”, explica Sor Teresa. “Trabajamos sobre todo en la prevención, tratando de identificar a las chicas pobres que, tras terminar la enseñanza secundaria o incluso los estudios universitarios, acaban en casa y son especialmente vulnerables. De hecho, están en el punto de mira de los traficantes, que les prometen un buen trabajo en las grandes ciudades. Y como estas chicas no tienen la posibilidad de recibir formación profesional y encontrar así un trabajo adecuado, es fácil que se dejen tentar por falsas promesas”.

Por ello, las Hermanas ofrecen ayuda económica para que estas chicas puedan asistir a cursos de formación profesional que puedan desembocar en un empleo remunerado para ellas y sus familias. Existen también otros casos mucho más complejos, que también requieren iniciativas más específicas que no excluyen la intervención de la policía local, la visita y el asesoramiento a las familias de las víctimas y la mediación. Sin embargo, es bien sabido en la zona que si una joven o una niña se encuentra en dificultades, las hermanas intentarán ayudarlas en todo lo que puedan.

#sistersproject

Viaje apostólico del Papa Francisco a Hungría

Que los solistas de la guerra no o

El encuentro con las autoridades, la s

El primer encuentro público del viaje del Papa Francisco a Hungría fue el encuentro con las autoridades, los representantes de la sociedad civil y los miembros del cuerpo diplomático, y tuvo lugar la mañana del viernes 28 de abril, en el exmonasterio carmelita en Budapest. Después del saludo de la presidenta de la República, Katalin Novák, el Pontífice pronunció el siguiente discurso.

Señora Presidenta, de la República, señor Primer Ministro, distinguidos miembros del gobierno y del Cuerpo diplomático, ilustres autoridades y representantes de la sociedad civil, señoras y señores:

Los saludo cordialmente y agradezco a la señora Presidenta la acogida y también sus amables y profundas palabras. La política nace de la ciudad, de la polis, de la pasión concreta por vivir juntos garantizando derechos y respetando deberes. Pocas ciudades nos ayudan a reflexionar sobre esto como Budapest, que no es sólo una capital señorial y vivaz, sino un lugar central en la historia. Habiendo sido testigo de cambios significativos a lo largo de los siglos, está llamada a ser protagonista del presente y del futuro. Aquí, como escribió uno de sus grandes poetas, «se abrazan las suaves olas del Danubio, que es pasado, presente y futuro» (A. József, Al Danubio). Quisiera pues compartir algunas ideas inspirándome en Budapest como ciudad de historia, ciudad de puentes y ciudad de santos.

1. Ciudad de historia. Esta capital tiene orígenes antiguos, como atestiguan los restos de época céltica y romana. Sin embargo, su esplendor nos lleva a la modernidad, cuando fue capital del Imperio austro-húngaro, durante el periodo de paz conocido como *belle époque*, que se extendió desde los años de su fundación hasta la primera guerra mundial. Nacida en tiempo de paz, ha conocido conflictos dolorosos; no sólo invasiones de tiempos lejanos sino, en el siglo pasado, violencia y opresión provocadas por las dictaduras nacista y comunista —¿cómo olvidar el año 1956? Y, durante la segunda guerra mundial, la deportación de cientos de miles de habitantes, con el resto de la población de origen judío encerrada en el gueto y sometida a numerosas atrocidades. En ese contexto hubo muchos justos valientes —pienso, por ejemplo, en el Nuncio Angelo Rotta—, mucha resiliencia y un gran esfuerzo en la reconstrucción, de modo que hoy Budapest es una de las ciudades europeas con el mayor porcentaje de población judía, centro de un país que conoce el valor de la libertad y que, después de haber pagado un alto precio a las dictaduras, lleva en sí la misión de custodiar el tesoro de la democracia y el sueño de la paz.

A este respecto, quisiera volver sobre la fundación de Budapest, que este año se celebra solemnemente. De hecho, se fundó hace ciento cincuenta años, en 1873, con la unión de tres ciudades: Buda y Óbuda, al oeste del Danubio, y Pest, situada en la costa contraria. El nacimiento de esta gran capital en el corazón del continente evoca el camino unitario emprendido por Europa, en la que Hungría encuentra el propio cauce vital. En la posguerra Europa representó, junto con las Naciones Unidas, la gran esperanza, con el objetivo común de que un lazo más estrecho entre las naciones previniera conflictos ulteriores. Lamentablemente no ha sido así. A pesar de todo, en el mundo en que vivimos, la pasión por la política comunitaria y por la multilateralidad parece un bonito recuerdo del pasado; parece que asistiéramos al triste ocaso del sueño coral de paz, mientras los solistas de la guerra se imponen. En general, parece que se hubiera disuelto en los ánimos el entusiasmo de edificar una comunidad de naciones pacífica y estable, delimitando las zonas, acentuando las diferencias, volviendo a rugir los nacionalismos y exasperándose los juicios y los



tonos hacia los demás. Parece incluso que la política a nivel internacional tuviera como efecto enardecer los ánimos más que resolver problemas, olvidando la madurez que alcanzó después de los horrores de la guerra y retrocediendo a una especie de infantilismo bélico. Pero la paz nunca vendrá de la persecución de los propios intereses estratégicos, sino más bien de políticas capaces de mirar al conjunto, al desarrollo de todos; atentas a las personas, a los pobres y al mañana; no sólo al poder, a las ganancias y a las oportunidades del presente.

En este momento histórico Europa es fundamental. Porque ella, gracias a su historia, representa la memoria de la humanidad y, por tanto, está llamada a desempeñar el rol que le corresponde: el de unir a los alejados, acoger a los pueblos en su seno y no dejar que nadie permanezca para siempre como enemigo. Por tanto, es esencial volver a encontrar el alma europea: el entusiasmo y el sueño de los padres fundadores, estadistas que supieron mirar más allá del propio tiempo, de las fronteras nacionales y las necesidades inmediatas, generando diplomacias capaces de recomponer la unidad, en vez de agrandar las divisiones. Pienso cuando De Gasperi, en una mesa redonda donde también participaron Schuman y Adenauer, dijo: «Es por ella misma, no por oposición a otros, que nosotros preconizamos la Europa unida... trabajamos por la unidad, no por la división» (Intervención en la Mesa redonda de Europa, Roma, 13 octubre 1953). Y también en lo que dijo Schuman: «La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de unas relaciones pacíficas», en cuanto —¡palabras memorables!— «la paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores, equiparables a los peligros que la amenazan» (Declaración Schuman, 9 mayo 1950). En esta etapa histórica los peligros son muchos; pero, me pregunto, pensando también en la martirizada Ucrania, ¿dónde están los esfuerzos creadores de paz?

2. Budapest es ciudad de puentes. Vista desde lo alto, «la perla del Danubio» muestra su peculiaridad precisamente gracias a los puentes que unen sus partes, armonizando su configuración con la del gran río. Esta armonía con el ambiente me lleva a fe-

licitar el cuidado ecológico que este país realiza con gran esfuerzo. Pero los puentes, que conectan realidades diversas, también nos sugieren reflexionar sobre la importancia de una unidad que no signifique uniformidad. En Budapest esto surge de la notable variedad de las circunscripciones que la componen, que son más de veinte. También la Europa de los veintisiete, construida para crear puentes entre las naciones, necesita del aporte de todos sin disminuir la singularidad de ninguno. A este respecto, un padre fundador preconizaba: «Europa existirá y nada de lo que constituye la gloria y la felicidad de cada nación se podrá perder. Es precisamente en una sociedad más amplia, en una armonía más eficaz, que el individuo puede afirmarse» (Intervención cit.). Se necesita esta armonía: un conjunto que no aplaste las partes y partes que se sientan bien integradas en el conjunto, pero conservando la propia identidad. A este propósito,

es significativo lo que afirma la Constitución húngara: «La libertad individual sólo puede desarrollarse en la colaboración con los demás»; y continúa: «Consideramos que nuestra cultura nacional es un aporte valioso a la multicolor unidad europea». Pienso, por tanto, en una Europa que no sea rehén de las partes, volviéndose presa de populismos autorreferenciales, pero que tampoco se transforme en una realidad fluida, o gaseosa, en una especie de supranacionalismo abstracto, que no tiene en cuenta la vida de los pueblos. Este es el camino nefasto de las «colonizaciones ideológicas», que eliminan las diferencias —como en el caso de la denominada cultura de la ideología de género—, o anteponen a la realidad de la vida conceptos reductivos de libertad —por ejemplo, presumiendo como conquista un insensato «derecho al aborto», que es siempre una trágica derrota—. Qué hermoso, en cambio, construir una Europa centra-



Destruyan el sueño coral de la paz

Sociedad civil y el cuerpo diplomático



da en la persona y en los pueblos, donde haya políticas efectivas para la natalidad y la familia —tenemos países en Europa con la edad media de 46-48 años—, buscadas con atención en este país; donde naciones diversas sean una familia en la que se vela por el crecimiento y la singularidad de cada uno. El puente más famoso de Budapest, el de las cadenas, nos ayuda a imaginar una Europa así, constituida por muchos anillos grandes y diferentes, que encuentran su propia firmeza al formar juntos vínculos sólidos. En esto, la fe cristiana ayuda, y Hungría puede hacer de “pontonero”, valiéndose de su específico carácter ecuménico; aquí diversas confesiones conviven sin antagonismos —recuerdo la reunión que tuve con ellos hace un año y medio—, colaborando respetuosamente, con espíritu constructivo. Con la mente y el corazón me dirijo a la Abadía de Pannonhalma, uno de los grandes monumentos espirituales de este país,



lugar de oración y puente de fraternidad. 3. Y esto me lleva a considerar el último aspecto: Budapest ciudad de santos —la señora Presidenta habló de santa Isabel—, como nos lo sugiere también el nuevo cuadro colocado en esta sala. El pensamiento no puede menos que dirigirse a san Esteban, primer rey de Hungría, que vivió en una época en la que los cristianos en Europa estaban en plena comunión. Su estatua, en el interior del castillo de Buda, sobresale y protege la ciudad, mientras que la basílica dedicada a él en el corazón de la capital es, junto con la de Esztergom, el edificio religioso más imponente del país. Por tanto, la historia húngara nace marcada por la santidad, y no sólo de un rey, sino de toda una familia: su esposa, la beata Gisela, y su hijo san Emerico. Este recibió de su padre algunas observaciones, que constituyen una especie de testamento para el pueblo magiar. Hoy prometieron regalarme el volumen, ¡lo espero! En él leemos palabras muy actuales: «Te recomiendo que seas amable no sólo con tu familia y parientes, o con los poderosos y adinerados, o con tu prójimo y tus habitantes, sino también con los extranjeros». San Esteban motiva todo ello con genuino espíritu cristiano, escribiendo: «La práctica del amor es la que conduce a la felicidad suprema». Y comenta diciendo: «Sé manso a fin de no combatir nunca contra la verdad» (*Observaciones*, X). De ese modo conjuga inseparablemente la verdad y la mansedumbre. Es una gran enseñanza de fe. Los valores cristianos no pueden ser testimoniados por medio de la rigidez y las cerrazones, porque la verdad de Cristo conlleva mansedumbre, conlleva amabilidad, en el espíritu de las Bienaventuranzas. Aquí radica esa bondad popular húngara, revelada por ciertas expresiones del lenguaje común, como por ejemplo: “*jónak lenni jó*” [es bueno ser buenos] y “*jobb adni mint kapni*” [es mejor dar que recibir]. De esto no sólo se desprende la riqueza de una identidad sólida, sino la necesidad de apertura a los demás, como reconoce la Constitución cuando declara: «Respetamos la libertad y la cultura de los otros pueblos, nos comprometemos a colaborar con todas las naciones del mundo». Esta también afirma: «Las minorías nacionales que viven con nosotros forman parte de la comunidad política húngara y son parte constitutiva del

Estado», y se propone el esfuerzo «por el cuidado y la protección [...] de las lenguas y de las culturas de las minorías nacionales en Hungría». Esta perspectiva es verdaderamente evangélica, tanto que contrasta una cierta tendencia —a veces justificada en nombre de las propias tradiciones e incluso de la fe— a replegarse sobre sí. Asimismo, el Texto constitutivo, en pocas y decisivas palabras impregnadas de espíritu cristiano, asevera: «Declaramos que la asistencia a los necesitados y a los pobres es una obligación». Esto remite a la sucesiva historia de santidad húngara, representada por los numerosos lugares de culto de la capital: desde el primer rey, que estableció los fundamentos de la vida común, a una princesa que eleva el edificio hacia una pureza mayor. Es santa Isabel, cuyo testimonio ha alcanzado todas las latitudes. Esta hija de vuestra tierra murió con veinticuatro años después de haber renunciado a sus bienes y haber distribuido todo a los pobres. Se dedicó hasta el final al cuidado de los enfermos, en el hospital que había mandado construir; es una piedra preciosa del Evangelio. Distinguidas autoridades, quisiera agradecerles por la promoción de las obras caritativas y educativas inspiradas por dichos valores y en los que se empeña la estructura católica local, así como por el apoyo concreto a tantos cristianos que atraviesan dificultades en el mundo, especialmente en Siria y en el Líbano. Una provechosa colaboración entre el Estado y la Iglesia es fecunda, pero, para que sea así, necesita salvaguardar bien las oportunas distinciones. Es importante que todo cristiano lo recuerde, teniendo como punto de referencia el Evan-

gelio, para adherir a las decisiones libres y liberadoras de Jesús y no prestarse a una especie de colaboracionismo con las lógicas del poder. Desde este punto de vista, hace bien una sana laicidad, que no decaiga en el laicismo generalizado, que se muestra alérgico a cualquier aspecto sacro para luego inmolarse en los altares de la ganancia. Quien se profesa cristiano, acompañado por los testigos de la fe, está llamado principalmente a dar testimonio y a caminar con todos, cultivando un humanismo inspirado por el Evangelio y encaminado sobre dos vías fundamentales: reconocerse hijos amados del Padre y amar a cada uno como hermano. En este sentido, san Esteban dejaba a su hijo extraordinarias palabras de fraternidad, diciendo que quien llega allí con lenguas y costumbres diferentes «adorna el país». En efecto —escribía— «un país que tiene una sola lengua y una sola tradición es débil y decadente. Por eso, te recomiendo que acogas con benevolencia a los forasteros y los honres, de manera que prefieran estar contigo y no en otro lugar» (*Observaciones*, VI). La acogida es un tema que suscita numerosos debates en nuestros días y sin duda es complejo. Sin embargo, la actitud de fondo para los cristianos no puede ser diferente de lo que transmitió san Esteban, después de haberlo aprendido de Jesús, que se identificó con el extranjero necesitado de acogida (cf. *Mt* 25,35). Pensando en Cristo presente en tantos hermanos y hermanas desesperados que huyen de los conflictos, la pobreza y los cambios climáticos, necesitamos afrontar el problema sin excusas ni dilaciones. Es un tema que debemos afrontar juntos, comunitariamente, porque en el contexto en que vivimos, las consecuencias, tarde o temprano, repercutirán sobre todos. Por eso es urgente, como Europa, trabajar por vías seguras y legales, con mecanismos compartidos frente a un desafío de época que no se podrá detener rechazándolo, sino que debe acogerse para preparar un futuro que, si no lo hacemos juntos, no llegará. Esto requiere en primera línea a quienes siguen a Jesús y quieren imitar el ejemplo de los testigos del Evangelio. No es posible citar a todos los grandes confesores de la fe de la Pannonia Sacra, pero al menos quisiera mencionar a san Ladislao y santa Margarita, y hacer referencia a algunas figuras majestuosas del siglo pasado, como el cardenal József Mindszenty, los beatos obispos mártires Vilmos Apor y Zol-



gelio, para adherir a las decisiones libres y liberadoras de Jesús y no prestarse a una especie de colaboracionismo con las lógicas del poder. Desde este punto de vista, hace bien una sana laicidad, que no decaiga en el laicismo generalizado, que se muestra alérgico a cualquier aspecto sacro para luego inmolarse en los altares de la ganancia. Quien se profesa cristiano, acompañado por los testigos de la fe, está llamado principalmente a dar testimonio y a caminar con todos, cultivando un humanismo inspirado por el Evangelio y encaminado sobre dos vías fundamentales: reconocerse hijos amados del Padre y amar a cada uno como hermano. En este sentido, san Esteban dejaba a su hijo extraordinarias palabras de fraternidad,

tán Meszlényi, y el beato László Batthyány-Strattmann. Ellos son, junto con muchos justos de varios credos, padres y madres de vuestra patria. A ellos quisiera encomendar el futuro de este país, tan querido para mí. Y mientras les agradezco por haber escuchado cuanto tenía la intención de compartírselos —les agradezco su paciencia—, aseguro mi cercanía y mi oración a todos los húngaros, y lo hago con un recuerdo especial por aquellos que viven fuera de la patria y por cuantos he conocido durante mi vida y me han hecho tanto bien. Pienso en la comunidad religiosa húngara que acompañé en Buenos Aires. *Isten, áldd meg a magyart!* [¡Dios, bendice a los húngaros!]

Viaje apostólico del Papa Francisco a Hungría

Los testimonios

Una fe más fuerte que la persecución y las pruebas

Publicamos, a continuación, los testimonios presentados al Papa durante el encuentro en la Concatedral de San Esteban.

József Brenner, sacerdote de la diócesis de Szombathely, hermano del Beato János Brenner

Santo Padre: le doy la bienvenida en nombre del clero. Sea bienvenido.

Los que vivimos la Segunda Guerra Mundial siempre hemos sido fieles a la Iglesia. Tuvimos que huir y finalmente sufrimos la persecución del comunismo durante décadas. Soy sacerdote desde hace sesenta y seis años.

Rezamos por dos intenciones importantes: por las buenas familias cristianas y por las buenas vocaciones sacerdotales.

En mi familia, tres de nosotros nos hemos hecho sacerdotes. Yo soy el tercero en la orden. Mi hermano, el segundo hijo, fue brutalmente asesinado a los 26 años por el régimen ateo. Su Santidad lo colocó entre las filas de los beatos en 2018.

Fui bendecido con dos padres que habían vivido santamente: un padre dedicado a la oración y una madre que ayudaba a los pobres. Gracias a la Providencia. Mi buen padre iba a misa todas las mañanas. En su escritorio guardaba el misal en latín y en húngaro: "¡No debes traerlo aquí!" —le amonestaban—. "¿Por qué?" —respondía él— "¡Esto no ha hecho daño a nadie!"

Querían asustarle. Le llamó el director de la oficina: "¡Colega Brenner, no es usted de fiar!" "¿Por qué?" —preguntó mi padre— "Porque está educando a sus dos hijos como sacerdotes". Mi



no se habría producido el milagro de poder decir juntos y de forma irrevocable: "Ofrezcámonos a nosotros mismos, el uno al otro y toda nuestra vida a Cristo, nuestro Dios". Por aquel entonces, habíamos planeado construir una catedral con nuestro matrimonio. Ahora sus capacidades y punto de terminar, vemos que, si no una catedral, al menos hemos construido una "capilla de emergencia" donde cualquiera puede entrar en cualquier momento.

Después de adoptar un niño en el séptimo año de nuestro matrimonio, tuvimos cuatro hijos más, y el quinto con síndrome de Down. El Señor también nos ayudó a aceptar sus capacidades y condiciones de salud tal como eran en Su escenario divino.

Estoy agradecido a Dios que, desde el principio de mi vocación sacerdotal, me ha liberado del derrotismo y me ha permitido aceptar situaciones imposibles, porque precisamente de ellas se puede sacar lo mejor. Me ha hecho comprender que el éxito del ministerio sacerdotal no se mide por lo que puedo hacer, sino por lo que puedo vaciarme de mí mismo, para abandonarme a Él.

Doy gracias a Dios por poder vivir mi relación con Él según el rito bizantino. Soy feliz cuando en nuestras iglesias puedo tener la evidencia de Su presencia real con todos mis sentidos. Allí donde Su mirada

brilla a través de los iconos, los rostros de los santos resplandecientes de eternidad. Donde, con el humo del incienso, las majestuosas melodías, las frecuentes súplicas, mi alma se eleva hacia Dios. Donde sacerdotes y fieles miran todos en la misma dirección y anhelan el mismo gran encuentro.

Sor Krisztina Hernády, Religiosa de la Orden Dominicana (Hódmezővásárhely)

Santo Padre: A finales de febrero, vinimos a Roma con las hermanas para un curso de formación y nos enteramos de que el Santo Padre visitaría pronto Hungría. Cuando volvimos a casa, nuestro párroco nos saludó bromeando: "Hermana Krisztina, no me habías dicho que ibas a Roma para invitar al Santo Padre". Le agradezco mucho que haya venido a visitarnos.

Me llamo Krisztina Hernády, soy monja dominica. En el instituto me pidieron que hablara de por qué una decide hacerse monja en el siglo XXI. Quizá lo primero de todo: un recuerdo de la infancia. Cuando era niña, escuchando a mi abuela hablar de los santos de la dinastía húngara Harpadi, nació en mi corazón el deseo de convertirme yo misma en santa. No merece la pena vivir por menos. Pero cuando empecé a darme cuenta de que Dios me llamaba a un camino muy concreto, empecé a discutir con Jesús sobre por qué me llamaba a mí mientras que "tengo cinco hermanos y hermanas"; podría haber elegido a otro...

Me preguntaba por qué Dios quería que una chica de 20 años fuera por la vida vestida de "viuda negra". Como se desprende de estos dos peque-

ños episodios, la llamada de Jesús al monacato no me entusiasma especialmente, al menos al principio. Fue en el contexto de esta incompreensión cuando me encontré con otra visión, la divina.

Con la ayuda de una monja franciscana y de uno de los padres escolapios durante un retiro jesuita, descubrí la alegría de estar en relación directa y personal con Dios. Casi al mismo tiempo, nació en mí la convicción de que todos en el mundo deberían conocer esta alegría, y el deseo de trabajar por ella. Poco a poco

me fue quedando claro que el camino era el de Santo Domingo. Ahora vivo y enseño en Hódmezővásárhely, una ciudad del sudeste de Hungría, junto con otras seis hermanas. En esta región, la imagen de un Dios que nos ama personalmente y cuida de nosotros ha palidecido en la mente de la gente durante las pruebas de los últimos siglos. Como consecuencia, nos enfrentamos cada día a la pobreza física y sobre todo espiritual de la gente. En el corazón de la gente hay una apertura a la bondad y una búsqueda de respuestas verdaderamente puras.

Mis hermanas y yo trabajamos para ser instrumentos de Dios a través de los cuales podamos mostrar la alegría del Evangelio a los que viven aquí.

Dorina Pavelczak-Major, colaboradora principal de la Comisión de Catequesis de la Conferencia Episcopal Húngara

Santo Padre: Quisiera ofrecerle el saludo de la gran comunidad de agentes pastorales laicos, ministros de la liturgia de la Palabra, ministros extraordinarios de la Comunión eucarística, lectores, acólitos, catequistas.

Con gran alegría ejercemos nuestro ministerio en nombre y por cuenta de nuestra Iglesia. En nuestro ministerio, nos centramos en profundizar en la fe de las personas que nos han sido confiadas, preparándolas para una digna santificación los domingos, celebrando la liturgia, practicando la caridad y promoviendo la autogestión comunitaria. Desempeñamos con gusto nuestra profesión en los ámbitos de la educación católica, la asistencia social y sanitaria y, al mismo tiempo, por supuesto, concedemos gran importancia a la catequesis en las instituciones educativas públicas también porque son muchos los que esperan el Evangelio de Jesucristo. Por eso es importante comprender/tocar el corazón de los que buscan la verdad última e introducirlos en la comunión de nuestra Madre Iglesia.

Cada día nos enfrentamos al hecho de que no hay otro camino para permanecer en la humanidad que seguir a Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador. Para nosotros, el auténtico ministerio evangelizador se expresa también por nuestra presencia en la vida de las familias cristianas, en diálogo con ellas. Cada vez es más necesaria una presencia kerigmática que llegue al prójimo a través de la narración, de la comunicación, y por eso, a través de nuestro ministerio, debemos hacerlo lo más efectivo posible en la vida cotidiana. Para ello, las disposiciones que el Santo Padre nos ha ofrecido son de gran ayuda en relación con la evangelización, la catequesis y las cuestiones sociales. Junto con la renovación del *antiquum ministerium* de la pastoral catequística, estamos también muy agradecidos por estas instrucciones.

Traemos y expresamos nuestra alegría por la persona de nuestro Señor Jesucristo, por su obra redentora, por la presencia de nuestro Santo Padre, por nuestra Iglesia. Damos gracias porque, como los Apóstoles, también nosotros podemos vivir y decir con confianza que Jesucristo es nuestro futuro, que Él es el camino, la verdad y la vida.

Que Dios bendiga la vida, el ministerio y la vocación de nuestro Santo Padre, deseamos que sienta la fuerza de nuestras oraciones ofrecidas por Él cada día.

El sueño a t



En la conclusión de la primera jornada del viaje en Hungría, en la tarde del viernes 28 de abril, el Papa Francisco se reunió con los obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y agentes pastorales, en la concatedral de San Esteban, en Budapest. Publicamos a continuación el discurso del Pontífice.

Queridos hermanos obispos, queridos sacerdotes y diáconos, consagrados, seminaristas, queridos agentes pastorales, hermanos y hermanas,

discéretessék a Jézus Krisztus! [laudetur Jesus Christus!]

Me alegra estar de nuevo aquí, después de haber compartido con ustedes el 52º Congreso Eucarístico Internacional. Fue un momento de mucha gracia, y estoy seguro de que sus frutos espirituales los siguen acompañando. Agradezco a Mons. Veres el saludo que me ha dirigido y por haber recogido el deseo de los católicos de Hungría en las siguientes palabras: "En este mundo cambiante queremos testimoniar que Cristo es nuestro futuro". Cristo, no "el futuro es Cristo", no, Cristo es nuestro futuro. No cambiar las cosas. Esta es una de las exigencias más importantes para nosotros: interpretar los cambios y las transformaciones de nuestro tiempo, tratando de afrontar los desafíos pastorales de la mejor manera posible. Con Cristo y en Cristo. Nada fuera del Señor, nada lejos del Señor.

Pero esto es posible mirando a Cristo como nuestro futuro. Él es «el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que vendrá, el Todopoderoso» (Ap 1,8), el principio y el fin, el fundamento y la meta última de la historia de la humanidad. Contemplando en este tiempo pascual su gloria, la de Aquel que es «el Primero y el Último» (Ap 1,17), podemos mirar las tormentas que a veces azotan nuestro mundo, los cambios rápidos y continuos de la sociedad y la misma crisis de fe en Occidente con una mirada que no cede a la resignación y que no pierde de vista la centralidad de la Pascua: Cristo resucitado, centro de la historia, es el futuro. Nuestra vida, aunque marcada por la fragilidad, está puesta firmemente en sus manos. Si olvidamos esto, también nosotros, pastores y laicos, buscaremos medios e instrumentos humanos para defendernos del mundo, encerrándonos en nuestros confortables y tranquilos oasis religiosos; o, por el contrario, nos adaptaremos a los vientos cambiantes de la mundanidad y, entonces, nuestro cristianismo perderá vigor y dejaremos de ser sal de la tierra. Volver a Cristo, que es el futuro, para no caer en los vientos cambiantes de la mundanidad, que es lo peor que le puede pasar a la Iglesia: una Iglesia mundana.

Estas son, pues, las dos interpretaciones —diría yo, las dos tentaciones— de las que siempre debemos cuidarnos como Iglesia. Primero, una lectura catastrofista de la historia presente, que se alimenta del derrotismo de quienes repiten que todo está perdido, que ya no existen los valores del pasado,



padre objetó, riendo: "Perdón: ¡tres, no dos!". Los tres terminamos nuestros estudios en el seminario de Győr.

El lema sacerdotal de mi hermano, el beato mártir János Brenner, es el siguiente: "Todo confluye al bien para los que aman a Dios".

Con fe inquebrantable y con fidelidad repetimos las palabras del apóstol san Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna".

Que el Espíritu Santo consolador le guíe, Santo Padre.

Sándor Kondás, sacerdote de la Eparquía de Miskolc, jefe del estudio del Centro de Medios de Comunicación Greco-Católicos

Santo Padre: "¡Cristo está en medio de nosotros!" — "¡Está y estará!" Hace treinta años que saludo a los radiayentes con estas antiguas palabras. Ahora quiero dar gracias por esta experiencia de fe y contar las cosas maravillosas que Dios ha hecho en mi vida (Salmo 9,2).

Doy gracias a Dios por haber nacido húngaro, greco-católico, y por haber plantado en mí la semilla de la vocación sacerdotal.

La iglesia construida en la colina que domina mi pueblo natal era para mí un destino atractivo y un punto de referencia. Así fue como empecé a sentir la llamada. Y fue allí, en esa iglesia, donde me ordené sacerdote, sobre la tumba del párroco que me había bautizado.

Considero un regalo de Dios a aquella chica con la que nos habíamos visto innumerables veces, hasta que reconocimos que estábamos destinados el uno para el otro por Dios. De lo contrario,

El encuentro en la concatedral de San Esteban

o de una Iglesia acogedora que lleva odos la profecía del Evangelio

Para vencer el derrotismo catastrofista y el conformismo mundano



que no sabemos dónde iremos a parar. Es hermoso que el Rvdo. Sándor haya expresado su gratitud a Dios, que lo ha “liberado del derrotismo”. ¿Y qué es lo que ha hecho en su vida, una gran catedral? No, una pequeña iglesia de emergencia, de campaña. Pero la ha hecho, no se ha dejado vencer. Gracias hermano. Y luego, está el otro riesgo, el de la lectura ingenua de la propia época, que en cambio se basa en la comodidad del conformismo y nos hace creer que al fin de cuentas todo está bien, que el mundo ha cambiado y debemos adaptarnos —sin discernimiento, esto es feo—. Así, contra el derrotismo catastrofista y el conformismo mundano, el Evangelio nos da ojos nuevos, nos da la gracia del discernimiento para entrar en nuestro tiempo con actitud de acogida, pero también con espíritu de profecía. Por tanto, con acogida abierta a la profecía. No me gusta usar el adjetivo “profético”, se usa demasiado. El sustantivo: profecía. Estamos viviendo una crisis de sustantivos y acudimos con demasiada frecuencia a los adjetivos. No: profecía. Espíritu, actitud de acogida, de apertura y con la profecía en el corazón.

A este respecto, quisiera detenerme brevemente en una imagen utilizada por Jesús: la de la higuera (cf. *Mt* 13,28-29). Nos la ofrece en el contexto del Templo de Jerusalén. A los que se quedaban admirando sus hermosas piedras y vivían una especie de conformismo mundano, poniendo su seguridad en el espacio sagrado y en su solemne grandeza. Jesús les dice que no hay que absolutizar nada en esta tierra, porque todo es precario y no quedará piedra sobre piedra —estamos leyendo en estos días en el Oficio divino el libro del Apocalipsis, en el que se nos hace ver que no quedará piedra sobre piedra—. Pero, al mismo tiempo, el Señor así quiere inducir al desánimo ni al miedo; y por eso añade: cuando todo pase, cuando se derrumben los templos humanos, sucedan cosas terribles y haya persecuciones violentas, entonces «se verá al Hijo del hombre venir sobre las nubes, lleno de poder y de gloria» (v. 26). Y es aquí cuando nos invita a mirar a la higuera: «Aprendan esta comparación, tomada de la higuera: cuando sus ramas se hacen flexibles y brotan las hojas, ustedes se dan cuenta de que se acerca el verano. Así también, cuando vean que suceden todas estas cosas, sepan que el fin está cerca, a la puerta» (vv. 28-29). Por consiguiente, estamos llamados a acoger como una planta fecunda el tiempo en que vivimos, con sus cambios y sus desafíos, porque a través de todo esto —dice el Evangelio— el Señor se acerca. Y mientras tanto, estamos llamados a cultivar la época que nos ha tocado, a leerla, a sembrar el Evangelio, a podar las ramas secas del mal, a dar fruto. estamos llamados a una acogida con profecía.

La acogida con profecía supone aprender a reconocer los signos de la presencia de Dios en la realidad, incluso allí donde no aparece explícitamente marcada por el espíritu cristiano y nos sale al encuentro con ese carácter que nos provoca y nos interpela. Y, al mismo tiempo, se trata de interpretar-

lo todo a la luz del Evangelio, sin mundanizarse —estén atentos—, sino como anunciadores y testigos de la profecía cristiana. Estén atentos al proceso de mundanización. Caer en la mundanidad es probablemente lo peor que le puede suceder a la comunidad cristiana. Vemos que también en este país, donde la tradición de fe permanece firmemente arraigada, presenciamos la difusión del secularismo y de cuanto lo acompaña, que a menudo amenaza a la integridad y la belleza de la familia, expone a los jóvenes a modelos de vida marcados por el materialismo y el hedonismo, y polariza el debate sobre las nuevas cuestiones y los nuevos desafíos. Y entonces la tentación puede ser la de volverse rígidos, la de encerrarse y la de adoptar una actitud de “combatientes”. Pero tales realidades pueden representar oportunidades para nosotros los cristianos, porque estimulan la fe y la profundización de algunos temas; nos invitan a preguntarnos cómo estos desafíos pueden entrar en diálogo con el Evangelio, a buscar nuevos caminos, instrumentos y lenguajes. En este sentido, Benedicto XVI afirmó que las distintas épocas de secularización vienen en ayuda de la Iglesia porque «han contribuido de modo esencial a su purificación y reforma interior. En efecto, las secularizaciones [...] han significado siempre una profunda liberación de la Iglesia de formas mundanas» (*Encuentro con los católicos comprometidos en la Iglesia y la sociedad*, Friburgo de Brisgovia, 25 septiembre 2011). Ante cualquier tipo de secularización hay un desafío y una invitación a purificar la Iglesia de cualquier forma de mundanidad. Volvamos a esta palabra, que es lo peor: caer en la mundanidad es lo peor que nos puede pasar. Es un paganismo “blando”, es un paganismo que no nos quita la paz, ¿por qué?, ¿porque es bueno? No, porque tú estás anestesiado.

El compromiso de entrar en diálogo con las situaciones de hoy exige que la Comunidad cristiana esté presente y dé testimonio, que sea capaz de escuchar las preguntas y los retos sin miedo ni rigidez. Y esto no es fácil en la situación actual, porque tampoco faltan las dificultades internas. En particular, quisiera destacar la sobrecarga de trabajo de los sacerdotes. En efecto, por una parte, las exigencias de la vida parroquial y pastoral son numerosas, pero, por otra, las vocaciones disminuyen y los sacerdotes son pocos, a menudo de edad avanzada y presenta algunos signos de cansancio. Se trata de una condición común a muchas realidades europeas, respecto a la cual es importante que todos —pastores y laicos— se sientan corresponsables; ante todo en la oración, porque las respuestas vienen del Señor y no del mundo; del Sagrario y no del ordenador. Y luego, en la pasión por la pastoral vocacional, buscando el modo de ofrecer con entusiasmo a los jóvenes la fascinación de seguir a Jesús también en la especial consagración.

Es hermoso lo que nos contó la hermana Krisztina. Aunque su vocación fue difícil. Porque para llegar a ser dominica fue ayudada primero por un sacerdote franciscano, después por los jesuitas con los

ejercicios, y al final fue dominica. Muy bien. Has hecho un hermoso recorrido. Y es lindo lo que nos ha contado acerca de su “discutir con Jesús”, sobre por qué precisamente la había llamado a ella —que sería que llamara a sus hermanas, no a ella—. ¡Se necesita quien escuche y ayude a discutir bien con el Señor! Y, más en general, es necesario comenzar una reflexión eclesial —sinodal, que debemos hacer todos juntos— para actualizar la vida pastoral, sin conformarse con repetir el pasado y sin tener miedo a reconfigurar la parroquia en el territorio, sino haciendo de la evangelización una prioridad e iniciando una colaboración activa entre sacerdotes, catequistas, agentes de pastoral y profesores. Ya están en este camino; por favor, no se detengan. Busquen las formas posibles para colaborar con alegría en la causa del Evangelio y lleven adelante juntos, cada uno con su propio carisma, la pastoral como anuncio, anuncio kerigmático, es decir, lo que mueve las conciencias. En este sentido, es bonito lo que nos dijo Dorina sobre la necesidad de llegar al prójimo a través de la narración, de la comunicación, tocando la vida cotidiana. Y aquí me detengo un poco para señalar el trabajo hermoso de los catequistas, este *antiquum ministerium*. Hay lugares en el mundo —pensemos en África, por ejemplo— donde la evangelización la llevan adelante los catequistas. Los catequistas son las columnas de la Iglesia. Gracia por lo que hacen. Y les agradezco a los diáconos y catequistas, que desempeñan aquí un papel decisivo en la transmisión de la fe a las jóvenes generaciones, y a todos aquellos, profesores y formadores, que están comprometidos generosamente en el campo de la educación. ¡Gracias, muchas gracias!

Permítanme decirles entonces que una buena pastoral es posible si somos capaces de vivir el mandamiento del amor que el Señor nos ha dado y que es don de su Espíritu. Si estamos distanciados o divididos, si nos volvemos rígidos en nuestras posiciones y en los grupos, no damos fruto; pensamos en nosotros mismos, en nuestras ideas y en nuestras teologías. Causa tristeza cuando nos dividimos porque, en vez de jugar en equipo, jugamos al juego del enemigo: el diablo es el que divide, y es un artista en hacer esto, es su especialidad. Y vemos a los obispos desconectados entre sí, sacerdotes en tensión con el obispo, sacerdotes mayores en conflicto con los más jóvenes, diócesanos con religiosos, presbíteros con laicos, latinos con griegos; nos polarizamos en temas que afectan a la vida de la Iglesia, pero también en aspectos políticos y sociales, atrincherándonos en posiciones ideológicas. No dejen entrar las ideologías. La vida de fe, el acto de fe no puede reducirse a una ideología; esto es del diablo. No, por favor; la primera pastoral es el testimonio de comunión, porque Dios es comunión y está presente ahí donde hay caridad fraterna. Superemos las divisiones humanas para trabajar juntos en la viña del Señor. Sumerjémonos en el espíritu del Evangelio, arraiguémonos en la oración, especialmente en la adoración y en la escucha de la Palabra de Dios, cultivemos la formación permanente, la fraternidad, la cercanía y la atención a los demás. Un gran tesoro ha sido puesto en nuestras manos, ¡no lo desperdiciemos buscando realidades secundarias respecto al Evangelio!

Y aquí me permito decirles: estén atentos a la murmuración, la murmuración entre los obispos, entre los curas, entre las monjas, entre los laicos. La murmuración destruye. Parece algo muy hermoso, un terrón de azúcar, es lindo murmurar de los otros. Se cae mucho en esto. Estén atentos, porque es el camino a la destrucción. Si un consagrado o un laico que vive seriamente, fuese capaz de no hablar mal de nadie, sería un santo, una santa. Recorran este camino, nada de murmuración. “Pero, Padre, es difícil, porque a veces uno cae: ese comentario, el otro”. Hay un buen remedio contra la murmuración: la oración, por ejemplo; pero hay otro buen remedio: morderse la lengua. Te acuerdes la lengua y así no hay murmuración. ¿De acuerdo?

Y quisiera decirles una cosa más a los sacerdotes, para ofrecer al Pueblo santo de Dios el rostro del

Padre y crear un espíritu de familia: tratemos de no ser rígidos, sino de tener miradas y enfoques misericordiosos y compasivos. Sobre esto quiero señalar una cosa: cuál es el estilo de Dios. El primer estilo de Dios es una actitud de cercanía. Él mismo lo dijo en el Deuteronomio: “Dime, ¿qué pueblo tiene sus dioses cercanos como tú me tienes a mí?” (cf. *Dt* 4,7). La actitud de Dios es de cercanía, con compasión y ternura. Cercanía, compasión y ternura. Este es el estilo de Dios. Sigamos este estilo. Yo, ¿soy cercano a la gente, la ayudo, soy compasivo o condeno a todos? ¿Soy tierno, dulce? Por esto, nada de rigidez, sino cercanía, compasión y ternura. En este sentido, me han impresionado las palabras de don József, que ha recordado la entrega y el ministerio de su hermano, el beato János Brenner, bárbaramente asesinado con tan sólo 26 años. ¡Cuántos testigos y confesores de la fe tuvo este pueblo durante los totalitarismos del siglo pasado! Ustedes han sufrido mucho. El beato János experimentó en su propia piel muchos sufrimientos; habría sido fácil para él guardar rencor, encerrarse en sí mismo, volverse rígido. En cambio, fue un buen pastor. Esto se nos pide a todos, especialmente a los sacerdotes, una mirada misericordiosa, un corazón compasivo, que perdona siempre, que perdona siempre, que perdona siempre, que ayuda a recomenzar, que acoge y no juzga y no echa fuera, y que anima y no critica, sirve y no murmura.

Esta actitud nos ejercita para la acogida, para una acogida que es profecía; es decir, para transmitir el consuelo del Señor en las situaciones de dolor y pobreza del mundo, acompañando a los cristianos perseguidos, a los migrantes que buscan hospitalidad, a las personas de otras etnias, a cualquiera que lo necesite. En este sentido, tienen grandes ejemplos de santidad, como san Martín. Su gesto de compartir la capa con el pobre es mucho más que una obra de caridad; es la imagen de la Iglesia hacia la que hay que tender, es lo que la Iglesia de Hungría puede llevar como profecía al corazón de Europa: misericordia y cercanía. Pero quisiera recordar también a san Esteban, cuya reliquia está aquí junto a mí. Él, que fue el primero en confiar la nación a la Madre de Dios, que fue un intrépido evangelizador y fundador de monasterios y abadías, además sabía bien cómo escuchar y dialogar con todos y ocuparse de los pobres; por ellos bajó los impuestos e iba a dar limosna disfrazado para no ser reconocido. Esta es la Iglesia que debemos soñar, una Iglesia capaz de escucha recíproca, de diálogo, de atención a los más débiles; una Iglesia acogedora para con todos, una Iglesia valiente para llevar a cada uno la profecía del Evangelio.

Queridos hermanos y hermanas, Cristo es nuestro futuro, porque es Él quien guía la historia. Él es el Señor de la historia. De ello estaban firmemente convencidos vuestros confesores de la fe: tantos obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas martirizados durante la persecución atea; ellos testimonian la fe granítica de los húngaros. Y esto no es una exageración, yo estoy convencido; ustedes tienen una fe granítica, y doy gracias a Dios por ello. Quisiera recordar al cardenal Mindszenty, que creía en el poder de la oración, hasta el punto de que aún hoy, casi como un dicho popular, se repite aquí: “Si hay un millón de húngaros rezando, no temeré al futuro”. Sean acogedores, sean acogedores, sean testigos de la profecía del Evangelio, pero sobre todo sean mujeres y hombres de oración, porque la historia y el futuro dependen de ello. Les doy las gracias por su fe y su fidelidad, por todo lo bueno que tienen y que hacen. No puedo olvidar el testimonio valiente y paciente de las hermanas húngaras de la Sociedad de Jesús, a las que conocí en Argentina, después de que abandonaran Hungría durante la persecución religiosa. Aquellas eran mujeres de testimonio, buenas. Con su testimonio me hicieron mucho bien. Rezo por ustedes, para que, siguiendo el ejemplo de sus grandes testigos de la fe, nunca se dejen vencer por el cansancio interior, que lleva a la mediocridad, y sigan adelante con alegría. Y les pido que sigan rezando por mí.

Viaje apostólico del Papa Francisco a Hungría

El encuentro con los pobres y con los refugiados

Capaces de hablar con la vida el lenguaje de la caridad

Verdadera fe es la que incomoda y hace salir al encuentro con los otros

Concluida la visita al instituto beato László Batthyány-Strattmann, en la mañana del sábado 29 de abril, el Papa fue a la iglesia de santa Isabel de Hungría, en Budapest, donde tuvo lugar el encuentro con los pobres y los refugiados. Este es el texto del discurso pronunciado por el Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!
Me siento feliz de estar aquí entre ustedes. Gracias, Mons. Antal, por sus palabras de bienvenida y gracias por haber recordado el generoso servicio que la Iglesia húngara realiza para y con los pobres. Los pobres y los necesitados —no los olvidemos nunca— están en el corazón del Evangelio: Jesús, en efecto, vino «a llevar la Buena Noticia a los pobres» (Lc 4,18). Ellos, entonces, nos indican un desafío apasionante, para que la fe que profesamos no sea prisionera de un culto alejado de la vida y no se convierta en presa de una especie de “egoísmo espiritual”, es decir, de una espiritualidad que me construyo a la medida de mi tranquilidad interior y de mi satisfacción. La fe verdadera, en cambio, es aquella que incomoda, que arriesga, que hace salir al encuentro de los pobres y capacita para hablar con la vida el lenguaje de la caridad. Como afirma san Pablo, podemos hablar muchas lenguas, poseer sabiduría y riquezas, pero si no tenemos caridad no poseemos nada y no somos nada (cf. 1 Co 13,1-13).
El lenguaje de la caridad. Fue la lengua hablada por santa Isabel, a quien este pueblo profesa gran devoción y afecto. Al llegar esta mañana, vi en la plaza su estatua, con la base que la representa mientras recibe el cordón de la orden franciscana y, al mismo tiempo, ofrece agua para saciar la sed de un pobre. Es una hermosa imagen de la fe. Quien “se une a Dios”, como hizo san Francisco



de Asís, en quien Isabel se inspiró, se abre a la caridad hacia el pobre, porque «el que dice: “Amo a Dios”, y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?» (1 Jn 4,20). Santa Isabel, hija del rey, había crecido en la comodidad de una vida de corte, en un ambiente lujoso y privilegiado; sin embargo, conmovida y transformada por el encuentro con Cristo, pronto sintió rechazo hacia las riquezas y las vanidades del mundo, advirtiendo el deseo de despojarse de ellas y de cuidar a los necesitados. Así, no sólo gastó sus bienes, sino también su vida en favor de los últimos, de los leprosos y de los enfermos, hasta llegar a curarlos personalmente y a llevarlos sobre sus propios hombros. Ese es el lenguaje de la caridad.
Brigitta, a quien agradezco su testimonio, también nos habló de ello. Tantas privaciones, tanto sufrimiento, tanto trabajo duro para tratar de sa-

lir adelante y no hacer faltar el pan a sus hijos y, en el momento más dramático, el Señor vino a su encuentro para socorrerla. Pero —lo hemos escuchado de sus propios labios—, ¿cómo intervino el Señor? Él, que escucha el grito del pobre, «hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos» y «enderez a los que están encorvados» (Sal 146,7-8), casi nunca llega resolviendo nuestros problemas desde arriba, sino que se hace cercano con el abrazo de su ternura, inspirando la compasión de hermanos que se dan cuenta de ellos y no permanecen indiferentes. Brigitta nos dijo que pudo experimentar la cercanía del Señor gracias a la Iglesia greco-católica; a tantas personas que se prodigaron para ayudarla, animarla, encontrarle un trabajo y sostenerla en las necesidades materiales y en el camino de la fe. Este es el testimonio que se nos pide: la compasión hacia todos, especialmente hacia los que están marcados por la pobreza, la enfermedad y el dolor. Compasión

que quiere decir “padecer con”. Necesitamos una Iglesia que hable con fluidez el lenguaje de la caridad, idioma universal que todos escuchan y comprenden, incluso los más alejados, incluso los que no creen.

Y a este propósito, expreso mi gratitud a la Iglesia húngara por el esfuerzo realizado en la caridad, un compromiso extenso: han creado una red que conecta a muchos agentes pastorales, a muchos voluntarios, a las Cáritas parroquiales y diocesanas, y también a grupos de oración, comunidades de creyentes y organizaciones pertenecientes a otras confesiones, pero unidas en esa comunión ecuménica que brota precisamente de la caridad. Y gracias por el modo con que han acogido —no sólo con generosidad sino también con entusiasmo— a muchos refugiados procedentes de Ucrania. Escuché conmovido el testimonio de Oleg y su familia; vuestro “viaje hacia el futuro” —un futuro diferente, lejos de los horrores de la guerra— comenzó en realidad con un “viaje en la memoria”, porque Oleg recordó la cálida bienvenida que recibió en Hungría hace años, cuando vino a trabajar como cocinero. La memoria de esa experiencia lo animó a emprender el viaje con su familia y a venir aquí a Budapest, donde encontró una generosa hospitalidad. El recuerdo del amor recibido reaviva la esperanza, anima a emprender nuevos caminos de vida. En efecto, también en el dolor y en el sufrimiento se encuentra la valentía de seguir adelante cuando se ha recibido el bálsamo del amor: y esta es la fuerza que ayuda a creer que no todo está perdido y que un futuro diferente es posible. El amor que Jesús nos da y que nos manda vivir contribuye entonces a extirpar de la sociedad, de las ciudades y de los



Los test

En la palma de la

Publicamos, a continuación, los testimonios presentados al Papa durante el encuentro en la iglesia de Santa Isabel de Hungría.

Brigitta Kanalas, madre de Máriapócs (Eparquía de Nyíregyháza)

Ya de niña sufrí muchas penurias, junto con mis hermanos y hermanas. Trabajábamos en el campo para poder comer. Me casé a los 17 años.

Durante un tiempo todo fue bien, pero tras el nacimiento de nuestro tercer hijo nos endeudamos. Tuve que hacer dos turnos en el trabajo. Fue entonces cuando empezaron los problemas con mi marido, que empezó a beber. Durante años mantuve sola a la familia. Cuando la situación se hizo intolerable, nos refugiáramos en una casa que estaba casi en ruinas. El techo de la habitación estaba roto y no había electricidad ni agua. Un amigo se ofreció a acoger a mi hija menor en su casa hasta que encontráramos alojamiento, pero los familiares de mi marido me denunciaron por no ocuparme de mis hijas y los servicios sociales querían llevárselas. Estaba desesperada, lloraba. En aquel momento, ni siquiera sospechaba que había gente intentando ayudarme. La iglesia greco-católica local se unió a mí.

Recé a Dios para que me ayudara a encontrar el camino. Invocaba a la Virgen María para que, como madre que era, salvara a mis hijos. Y sentí que el Señor estaba conmigo, sólo tenía que confiar en Él.

Y he aquí que en la escuela greco-católica me dieron un nuevo contrato indefinido con un sueldo más alto. Nos ofrecieron una propiedad fuera de la Iglesia y nos permitieron mudarnos. Recibí el apoyo afectuoso de la gente de

la Iglesia greco-católica, a la que nunca olvidaré. Todo parecía resuelto.

Pero mi alma seguía perturbada; quería vengarme de los que me habían hecho daño. Siempre me despertaba de la misma manera: enfadada, impetuosa. De repente, mi hija pequeña cayó enferma. Entonces entré en razón.

Lloré y pedí perdón ante la imagen de Nuestra Señora.

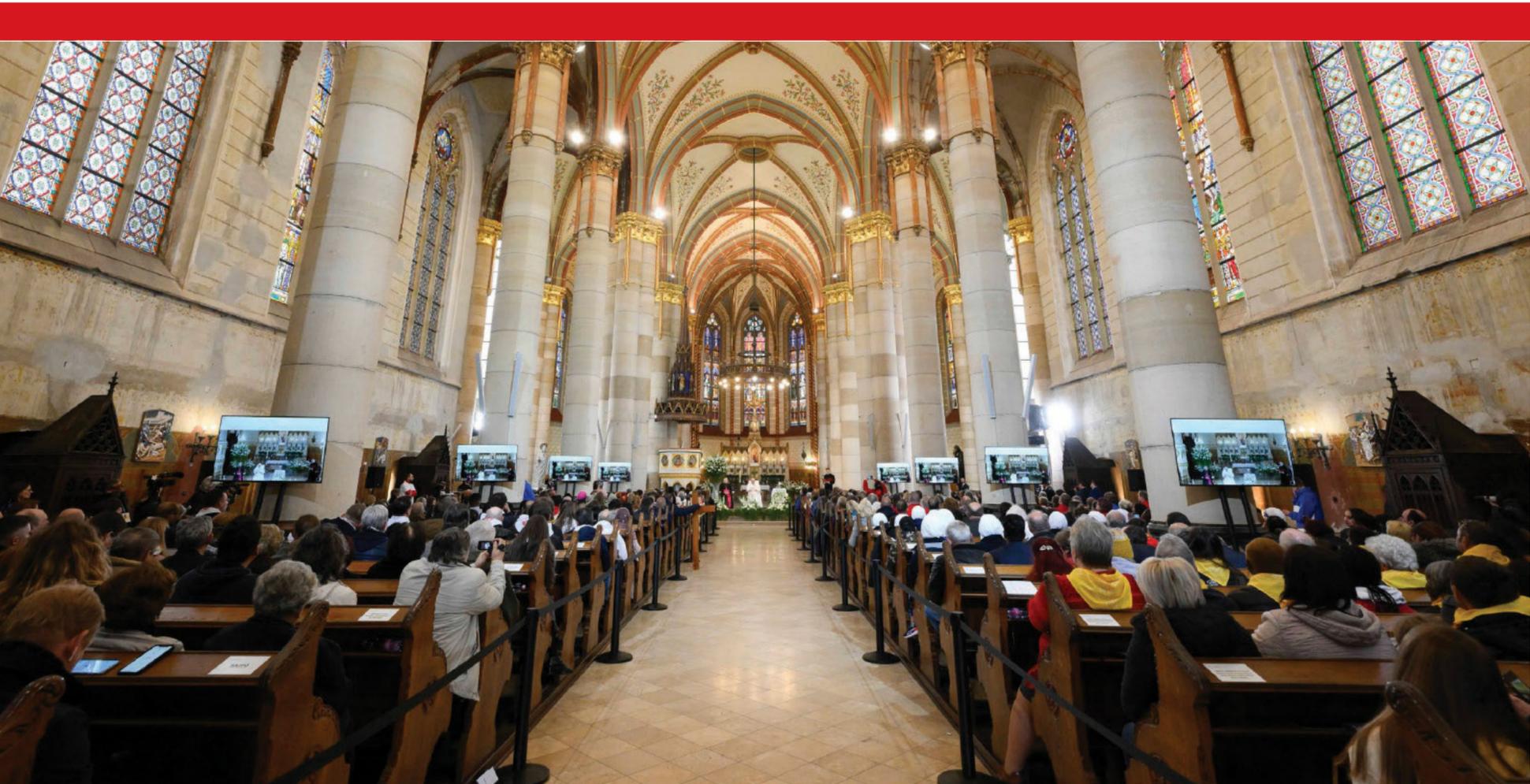
Poco después, el padre de mis hijos ingresó en el hospital. Tuvieron que reanimarlo varias veces y luego dormirlo porque tenía convulsiones. Mi hija mayor lloraba mucho, incluso por la noche, compadeciéndose de su padre. Yo me atormentaba... Rezaba. Finalmente, al tercer día entré en la iglesia. Le pedí a la Virgen que me perdonara por todo el mal que había hecho a los demás y que intercediera por la curación del padre de mis hijos.

Al día siguiente fui al hospital. Por primera vez en una semana, le despertaron sin convulsiones. Me miró y me dijo: ¿estás aquí? A partir de entonces, mejoró cada día.... Creo que ese fue el momento en que por fin me reconcilié y me acurruqué completamente en la palma de la mano de Dios.

Oleg Yakovlev con su familia de refugiados (padre, madre y cinco hijos, Ucrania)

Santo Padre:
Muchas gracias por permitirme compartir con Su Santidad nuestra historia y nuestra gratitud en nombre de los refugiados de Ucrania.

En mayo de 2022, estallaron misiles en Dnipro y otras ciudades durante toda la noche y muchos edificios se derrumbaron. Cuando nuestra familia estuvo en peligro, decidimos mudarnos. Mi esposa Lyudmila y yo tenemos cin-



lugares donde vivimos, los males de la indiferencia —es una peste la indiferencia— y del egoísmo, y reaviva la esperanza de una humanidad nueva, más justa y fraterna, donde todos puedan sentirse en casa.

Lamentablemente, un gran número de personas también aquí están literalmente sin hogar: muchas hermanas y hermanos marcados por la fragilidad —solos, con diversas dificultades físicas y mentales, destruidos por el veneno de la droga, que han salido de la cárcel o han sido abandonados por ser ancianos— están afectados por formas graves de pobreza material, cultural y espiritual, y no tienen un techo o una casa donde vivir. Zoltán y su esposa Anna nos han dado su testimonio sobre esta gran tragedia: gracias por sus palabras. Y gracias por haber acogido esa moción del Espíritu Santo que los ha llevado, con valentía y generosidad, a construir un centro para acoger a personas sin techo. Me ha impresionado escuchar que, junto con las necesidades materiales, prestan atención a la historia y a la dignidad herida de las personas, haciéndose cargo de su soledad, de su fatiga de sentirse amadas y bienvenidas en el mundo. Anna nos dijo que «es Jesús, la Palabra viva, que sana sus corazones y sus relaciones, porque la persona se reconstruye desde dentro»; es decir, renace, cuando experimenta que a los ojos

de Dios es amada y bendecida. Esto vale para toda la Iglesia: ¡no es suficiente dar el pan que alimenta el estómago, es necesario alimentar el corazón de las personas! La caridad no es una simple asistencia material y social, sino que se preocupa de toda la persona y desea volver a ponerla en pie con el amor de Jesús: un amor que ayuda a recuperar belleza y dignidad. Hacer caridad significa tener la valentía de mirar a los ojos. Tú no puedes ayudar a alguien mirando hacia otro lado. Para hacer caridad se necesita la valentía de tocar. Tú no puedes arrojar la limosna desde lejos sin tocar. Tocar y mirar. Y así, tocando y mirando, comienzas un camino, un camino con esa persona

necesitada, que te hará entender cuán necesitado estás tú de la mirada y de la mano del Señor. Hermanos y hermanas, los animo a hablar siempre el lenguaje de la caridad. La estatua que hay en esta plaza representa el milagro más famoso de santa Isabel: se cuenta que, una vez, el Señor transformó en rosas el pan que llevaba a los necesitados. Es así también para ustedes: cuando se empeñan en llevar el pan a los hambrientos, el Señor hace florecer la alegría y perfuma vuestra existencia con el amor que dan. Hermanos y hermanas, les deseo que lleven siempre el perfume de la caridad a la Iglesia y a su país. Y les pido, por favor, que sigan rezando por mí.

imonios

la mano de Dios

co hijos, Daniel, María, Alexandra, Iliya y Elizaveta, y para proteger sus vidas, pensamos que no teníamos más remedio que marcharnos. No sabíamos cuándo volveríamos a tener un techo bajo el que cobijarnos. Pero, ¿adónde ir? Una vez, hace 46 años, serví como cocinero-soldado en Hungría y hasta hoy recuerdo bien la hospitalidad y amabilidad de los húngaros, incluso aprendí un poco el idioma. Sabía que si escapábamos, iríamos a Hungría, aunque Budapest está muy lejos, a más de 1.500 kilómetros de Dnipro.

El viaje duró varios días, estábamos muy cansados, pudimos llevar muy poco con nosotros. Cuando llegamos a Hungría, en un primer momento hubo buenas personas que se preocuparon de dar alojamiento a nuestra familia y nos prestaron la ayuda que necesitábamos. Más tarde, nos acogieron en el Centro de Integración de Cáritas Católica. Recibimos ayuda económica tangible en forma de vales, lo que fue un salvavidas para mi familia en los primeros días de pobreza, y también nos dio ánimos y esperanza. Para nosotros y nuestros hijos, Hungría fue el comienzo de una nueva vida, una nueva posibilidad. Aquí nos acogieron y encontramos un nuevo hogar.

Muchos han sufrido y siguen sufriendo a causa de la guerra.

Estamos muy agradecidos a Su Santidad por hablar en favor de la paz y por defender a las víctimas de la guerra, y también estamos agradecidos por el afecto de los fieles católicos y por sus oraciones, que no sólo nos ayudan, sino que nos fortalecen.

Mis hijos han preparado una canción de acción de gracias para los trabajadores de Cáritas Hungría, que nos gustaría interpretar ahora ante el Santo Padre. En esta canción, nues-

tra familia quiere expresar al mismo tiempo respeto por las víctimas, gratitud por quienes les ayudaron, deseo de paz y oración. Que Dios nos bendiga a todos. ¡Paz y armonía!

[canciones con música de los niños: Nich yaka misyachna de Mykhailo Starytsky (texto) y Mykola Lysenko (música), Libertango del compositor argentino Astor Piazzolla].

Zoltán Kunszabó, diácono permanente, líder comunitario, y Anna Pataki (Sra. Kunszabó), fundadora del servicio “Uno Solo” (Budapest)

(Zoltán Kunszabó) Santo Padre: Nuestra comunidad, la Comunidad Católica “Nueva Jerusalén”, que este año celebra su 25 aniversario, anuncia el Evangelio de Jesucristo a todos. Por eso, desde el principio, hemos estado en contacto con los pobres y hemos tratado de ayudarlos de todas las maneras posibles. Pero sentimos que esto no era suficiente. Durante la misión de la ciudad de Budapest en 2007, el Espíritu Santo puso en nuestros corazones el pensamiento de que necesitábamos un lugar donde pudiéramos estar con ellos todos los días. Así nació el Servicio “Uno Solo”.

En Budapest hay 2.246 personas que viven en albergues (residencias) para personas sin hogar y 436 que viven en la calle. Sin embargo, el número de personas en riesgo de quedarse sin hogar es mucho mayor: entre nuestros huéspedes hay personas sin familia que han crecido en instituciones, personas con problemas psiquiátricos, drogadictos, personas que han salido de la cárcel. Pero también madres y abuelas abandonadas que crían solas a sus hijos, e incluso ancianos.



Nuestro centro sirve desayunos y comidas para una media de 150 personas. Tenemos instalaciones para bañarse, lavar la ropa, buscar alojamiento y trabajo, y tramitar sus asuntos oficiales. Somos los únicos de la ciudad que podemos pagar los medicamentos recetados para todos. Nuestro programa “Acércate a mí” proporciona asistencia planificada a largo plazo. (Anna Pataki) Según nuestra experiencia, el principal problema de nuestros huéspedes sin techo no es la vivienda, sino el agotamiento de sus recursos interiores y la falta de relaciones humanas de apoyo. Es Jesús, la Palabra viva, quien sana sus corazones y sus relaciones, porque la persona se reconstruye desde dentro. Cualquiera que experimente su valor, aunque sea por un momento, en la presencia de Dios, puede comenzar una nueva vida con Cristo, recuperando su dignidad. Por eso tenemos regularmente oraciones de alabanza, liturgias,

confesiones y adoración eucarística. Por eso también ofrecemos oportunidades de preparación para los sacramentos a nivel local. Estos programas no son obligatorios, pero nuestros huéspedes asisten a ellos con espíritu de apertura. Para nosotros es una gran alegría ser testigos de la plena recuperación de la vida de una persona, como ocurrió, por ejemplo, en el caso de nuestros hermanos Gyula y Tamás aquí presentes. Casi la mitad de nuestro personal son antiguos huéspedes de nuestro centro que se han convertido en verdaderos colegas.

Nuestros ministerios no habrían sido posibles sin el apoyo de nuestras oraciones diarias como pareja y el apoyo de nuestros cinco hijos, que trabajan con nosotros. Por todo ello, ¡gloria a Dios, pues sólo podemos ser testigos de Su acción entre los pobres a los que tanto ama!

Viaje apostólico del Papa Francisco a Hungría

“Tomar la vida en nuestras manos al mundo a vivir en

Encuentro con jóvenes en el László Papp Budapest Sport

El sábado 29 de abril por la tarde, el Papa Francisco se reunió con jóvenes húngaros en el László Papp Budapest Sportaréna. Publicamos, a continuación, el texto del discurso pronunciado por el Pontífice tras el saludo que le dirigió el obispo responsable de la pastoral juvenil de la Conferencia Episcopal Húngara y tras los testimonios de cuatro jóvenes.

Dicsértessék a Jézus Krisztus! [¡Alabado sea Jesucristo!] Queridos hermanos y hermanas, quisiera decirles: köszönöm! [¡gracias!] Gracias por la danza, gracias por el canto, por sus valientes testimonios, y gracias a cada uno por estar aquí. Estoy feliz de estar con ustedes. Gracias.

Mons. Ferenc nos dijo que la juventud es un tiempo de grandes preguntas y grandes respuestas. Es cierto, y es importante que haya alguien que provoque y escuche sus preguntas, y que no les dé respuestas fáciles, respuestas preconfeccionadas, sino que les ayude a desafiar sin miedo la aventura de la vida en busca de grandes respuestas. Las respuestas preconfeccionadas no sirven, no dan la felicidad. Esto, de hecho, es lo que hizo Jesús. Bertalan, has dicho que Jesús no es un personaje de cuento ni el superhéroe de un cómic, y es verdad: Cristo es Dios en carne y hueso, es el Dios vivo que se hace cercano a nosotros; es el Amigo, el mejor de los amigos; es el Hermano, el mejor de los hermanos, y es muy bueno haciendo preguntas. En el Evangelio, de hecho, Él, que es el Maestro, hace preguntas antes de dar respuestas. Pienso en el momento en que se encuentra frente a aquella mujer adúltera a la que todos acusaban. Jesús interviene, los que la acusaban se marchan y Él se queda a solas con ella. Entonces le pregunta con dulzura: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?» (Jn 8,10). Ella responde: «Nadie, Señor» (v. 11). Y así, al decir esto, ella comprende que Dios no quiere condenar, sino perdonar. Métnase esto en la cabeza: Dios no quiere condenar, sino perdonar. Dios perdona siempre. ¿Cómo se dice en húngaro “Dios perdona siempre”? [El traductor lo dice en húngaro y el Papa lo hace repetir a los jóvenes] ¡No lo olviden! ¡Él está dispuesto a levantarnos en cada caída! Con Él, por tanto, nunca debemos tener miedo de caminar y avanzar en la vida. Pensemos también en María Magdalena, que en la mañana de Pascua fue la primera en ver a Jesús resucitado —y tenía una historia esa mujer, pero fue antes de verlo—. Estaba llorando junto al sepulcro vacío y Jesús le preguntó: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» (Jn 20,15). Y así, conmovida en lo más íntimo, María Magdalena le abre su corazón, le cuenta su angustia, le revela sus deseos y su amor: “¿Dónde está el Señor?”.

Y veamos el primer encuentro de Jesús con los que iban a ser sus discípulos. Dos de ellos, enviados por Juan el Bautista, lo siguen. El Señor se vuelve y les hace una sola pregunta: «¿Qué quieren?» (Jn 1,38). También yo les hago una pregunta, y cada uno responda en su corazón, en silencio. Mi pregunta es: “¿Qué buscan? ¿Qué buscan en la vida? ¿Qué buscas en tu corazón?”. En silencio, cada uno responde dentro de sí. ¿Qué es lo que yo busco? Jesús no da muchas lecciones, no, camina, camina con cada uno de nosotros; Jesús camina junto a cada uno de nosotros. No quiere que sus discípulos sean alumnos repitiendo una lección, sino que sean jóvenes libres y que caminen; compañeros de camino de un Dios que escucha, que escucha sus necesidades y está atento a sus sueños. Luego, después de mucho tiempo, dos jóvenes discípulos caen tristemente en un error —los discípulos de Jesús cayeron mu-



chas veces— y piden a Jesús algo equivocado, o sea, que puedan estar a su derecha y a su izquierda cuando se convierta en rey —ellos querían trepar—. Pero es interesante ver que Jesús no les reprende por tal atrevimiento, no les dice: “¿Cómo se atreven, dejen de soñar esas cosas!”. No, Jesús no derriba sus sueños, sino que les corrige sobre cómo realizarlos; acepta su deseo de llegar alto —esto es bueno—, pero insiste sobre un punto, para que lo recuerden bien: uno no se hace grande pasando por encima de los demás, sino abajándose hacia los demás; no a costa de los demás, sino sirviendo a los demás (cf. Mc 10,35-45). [Pide al traductor que repita la última frase en húngaro] ¿Han entendido? Como pueden ver, amigos, Jesús se alegra de que alcancemos grandes metas. No nos quiere vagos y perezosos, no nos quiere callados y tímidos; nos quiere vivos, activos, protagonistas, protagonistas de la historia. Y nunca desprecia nuestras expectativas, sino que, al contrario, sube la barra de nuestros deseos. Jesús estaría de acuerdo con un proverbio de ustedes, que espero pronunciar bien: *Aki mer az nyer* [Él que no arriesga, no gana]. Ustedes me pueden preguntar: ¿cómo se hace para salir vencedores en la vida? Hay dos pasos básicos, como en el deporte: primero, apuntar alto; segundo, entrenar. Apuntar alto. Dime, ¿tienes un talento? Seguramente lo tienes, todos lo tenemos. No lo dejes de lado pensando que todo lo que necesitas para ser feliz es lo mínimo: un título, un trabajo para ganar dinero, un poco de diversión. No, pon en juego lo que tienes. ¿Tienes una cualidad particular? Invierte en ella, ¡sin miedo! ¡Sigue adelante! ¿Sientes en tu corazón que tienes una capacidad que puede hacer mucho bien? ¿Sientes que es hermoso amar al Señor, crear una familia numerosa, ayudar a los necesitados? Sigue adelante, no pienses que sean deseos inalcanzables, ¡invierte en las grandes metas de la vida! Este es el primero, apuntar alto. Y el segundo: entrenarse. ¿Cómo? En diálogo con Jesús, que es el mejor entrenador posible. Él te escucha, Él te motiva, Él cree en ti. ¿Sabes? Jesús cree en ti,

sabe sacar lo mejor de ti. Y siempre te invita a hacer equipo: nunca solo, sino con los demás; esto es muy importante. Si tú quieres madurar y crecer en la vida, sigue adelante haciendo equipo, en la comunidad, viviendo experiencias comunes. Pienso, por ejemplo, en las Jornadas Mundiales de la Juventud, y aprovecho para invitarlos a la próxima, que será en Portugal, en Lisboa, a principios de agosto. Hoy en día existe la gran tentación de conformarse con un celular y algunos amigos —por favor, esto es poca cosa—. Pero, aunque eso es lo que hacen muchos, aunque eso es lo que te gustaría hacer, no hace bien. Tú no puedes encerrarte en un grupito de amigos y dialogar sólo con el celular. Esto es algo —permítanme la expresión— un poco estúpido. También hay un elemento importante en este entrenamiento, y tú, Krisztina, nos lo has recordado al decir que, en medio de mil prisas, de tanto frenesí y velocidad, hay algo esencial que les falta hoy a los jóvenes, y también a los adultos. Dijiste: “No nos damos tiempo para estar en silencio en medio del ruido, porque tenemos miedo a la soledad y entonces todos los días acabamos cansados”. Lo has dicho tú, Krisztina: gracias. Quisiera decirles: en esto, no tengan miedo de ir contracorriente, de encontrar cada día un tiempo de silencio para hacer un alto y rezar. Hoy todo les dice que tienen que ser rápidos, eficientes, prácticamente perfectos, ¡como si fueran máquinas! Pero, queridos amigos, nosotros no somos máquinas. Y luego nos damos cuenta de que a menudo nos quedamos sin gasolina y no sabemos qué hacer. Es muy bueno poder detenerse para volver a llenar el tanque, para recargar baterías. Pero cuidado: no para sumergirse en las propias melancolías ni para estar rumiando nuestras tristezas; ni tampoco para pensar en la persona que me hizo esto o aquello, haciendo teorías sobre cómo se comportan los demás; no, esto no hace bien. Esto es un veneno, esto no se hace. El silencio es el terreno en el cual se pueden cultivar relaciones provechosas, porque nos

permite confiarle a Jesús lo que vivimos, llevarle rostros y nombres, depositar en Él nuestras angustias, pensar en nuestros amigos y hacer una oración por ellos. El silencio nos da la posibilidad de leer una página del Evangelio que le hable a nuestra vida; de adorar a Dios, encontrando así la paz en nuestro corazón. El silencio te permite escoger un libro que no estás obligado a leer, pero que te ayuda a leer el corazón humano; a observar la naturaleza para no estar sólo en contacto con las cosas hechas por el hombre y descubrir así la belleza que nos rodea. Pero el silencio no es para quedarse pegado al celular y a las redes sociales. No, por favor. La vida es real, no virtual; no sucede en una pantalla, ¡la vida sucede en el mundo! Por favor, no virtualizar la vida. Lo repito: no virtualizar la vida, que es concreta. ¿Entendido? El silencio, pues, es la puerta de la oración, y la oración es la puerta del amor. Dora, quisiera darte las gracias porque has hablado de la fe como de una historia de amor —es hermoso esto, es tu experiencia—, en la que cada día te enfrentas a las dificultades de la adolescencia, pero sabes que hay Alguien contigo, Alguien para ti, y que ese Alguien, Jesús, no tiene miedo de superar contigo cada obstáculo que encuentres. La oración ayuda a realizar esto, porque es un diálogo con Jesús, como la Misa es un encuentro con Él, y la Confesión es el abrazo que recibes de Él. Me viene a la mente nuestro gran músico Ferenc Liszt. Durante la limpieza de su piano, se encontraron unas cuentas de rosario que tal vez, al romperse, habían caído en el instrumento. Es una pista que nos hace pensar cómo, antes de una composición o de una interpretación, quizá incluso después de un momento de diversión con el piano, era habitual para él rezar: hablaba al Señor, hablaba a la Virgen de lo que amaba y ponía su arte y sus talentos en oración. Rezar no es aburrido. Somos nosotros los que lo hacemos aburrido. Rezar es un encuentro, un encuentro con el Señor. Esto es hermoso. Y cuando recen, no tengan miedo de llevar a Jesús to-

nos para ayudar paz” aréna



do lo que pasa en vuestro mundo interior: los afectos, los miedos, los problemas, las expectativas, los recuerdos, las esperanzas, todo, también los pecados. Él entiende todo. La oración es diálogo de vida, la oración es vida. Bertalan, hoy no has tenido vergüenza de contarnos a todos sobre la angustia que a veces te paraliza y las luchas para acercarte a la fe. Qué hermoso cuando se tiene la valentía de ser auténticos, que no significa mostrar que nunca se tiene miedo, sino abrirse y compartir las fragilidades con el Señor y con los demás, sin esconderse, sin disimular, sin usar máscaras. Gracias por tu testimonio, Bertalan, gracias. El Señor, como nos dice el Evangelio en cada página, no hace grandes cosas con personas extraordinarias, sino con personas auténticas, limitadas como nosotros. En cambio, quienes confían en sus propias capacidades y viven de las apariencias para quedar bien, alejan a Dios de su corazón porque solamente se ocupan de sí mismos. Jesús con sus preguntas, con su amor, con su Espíritu, escarba en nosotros para hacernos personas auténticas. Y hoy existe una gran necesidad de personas auténticas. Les digo esto: ¿saben cuál es el peligro hoy? Ser personas falsas. Por favor, nunca una persona falsa, siempre una persona auténtica, con su propia verdad. “Mire, Padre, yo me avergüenzo porque mi realidad no es buena, sabe, Padre, yo tengo mis cosas dentro”. Mira hacia adelante, al Señor, ten ánimo. El Señor nos quiere como somos, como somos ahora, nos quiere tal como somos. Ánimo y adelante. No tengan miedo a sus propias miserias. Y a este respecto, nos ha impresionado lo que has dicho, Tódor, empezando por tu nombre, que llevas en honor del beato Teodoro, un gran confesor de la fe que nos llama a no vivir a medias. Has querido “hacer sonar el despertador”, al decir que el celo por la misión está anestesiado por el hecho de que vivimos en la seguridad y la comodidad, mientras que a pocos kilómetros de aquí la guerra y el sufrimiento están a la orden del día. He aquí, pues, la invitación: tomar la vida en nuestras manos para ayudar al

mundo a vivir en paz. Dejemos que esto nos interpele. Preguntémosnos, cada uno de nosotros: ¿qué hago yo por los demás?, ¿qué hago yo por la sociedad, ¿qué hago yo por la Iglesia?, ¿qué hago yo por mis enemigos? ¿Vivo pensando en mi propio bien o me arriesgo por alguien, sin calcular mis propios intereses? Por favor, preguntémosnos por nuestra gratuidad, por nuestra capacidad de amar, amar según Jesús, es decir, amar y servir.

Queridos amigos, hay una última cosa que quisiera compartir con ustedes, una página del Evangelio que resume lo que hemos estado diciendo. Hace un año y medio estuve aquí para el Congreso Eucarístico. En el Evangelio de Juan, en el capítulo seis, hay una hermosa página eucarística que tiene como centro a un joven. Habla de un muchacho que estaba entre la multitud escuchando a Jesús. Probablemente sabía que el encuentro iba a durar bastante y había sido previsor: había traído consigo su almuerzo —¿ustedes trajeron un bocadillo?—. Jesús siente compasión por la multitud —eran más de cinco mil— y quiere darle de comer; así que, a su estilo, hace preguntas a los discípulos para abrir paso a sus capacidades. Le pregunta a uno de ellos cómo hacerlo y éste le da una respuesta “contable”: «Doscientos denarios no bastarían para que cada uno pudiera comer un pedazo de pan» (Jn 6,7). Como dando a entender que era matemáticamente imposible. Otro, mientras tanto, ve a aquel muchacho y hace una observación, pero de nuevo pesimista: «Aquí hay un joven que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, pero ¿qué es esto para tanta gente?» (v. 9). En cambio, para Jesús esos cinco panes y dos peces son más que suficientes, son más que suficientes para realizar el famoso milagro de la multiplicación de los panes. Cada uno de nosotros, las pequeñas cosas que tenemos, también nuestros pecados, a Jesús le bastan. ¿Y nosotros qué debemos hacer? Dejarlas en las manos de Dios. Esto basta.

Sin embargo, el Evangelio no cuenta un detalle, y lo deja a nuestra imaginación: ¿cómo convencieron los discípulos a aquel muchacho para que diera todo lo que tenía? Tal vez le hayan pedido que compartiera su almuerzo y él habrá mirado a su alrededor, notando que había miles de personas. Y quizás, como ellos, habrá respondido diciendo: “No es suficiente, ¿por qué me lo piden a mí y no se ocupan ustedes, que son los discípulos de Jesús? ¿Quién soy yo?”. Entonces, tal vez, le habrán dicho que era el mismo Jesús quien se lo pedía. Y el joven hace una cosa extraordinaria: se fía. Aquel muchacho, que tenía el almuerzo para él, se fía, lo da todo, no se guarda nada para sí. Había venido para recibir de Jesús y se encuentra dándole a Jesús. Así es como se produce el milagro. Viene del compartir: la multiplicación realizada por Jesús comienza cuando aquel muchacho comparte con Él y para los demás. Lo poco que tenía aquel joven, en manos de Jesús, se convierte en mucho.

Es ahí adonde conduce la fe: a la libertad de dar, al entusiasmo de entregarse, a superar los miedos, a arriesgar. Amigos, cada uno de ustedes es valioso para Jesús, ¡y también para mí! Recuerden que nadie puede ocupar su lugar en la historia del mundo, en la historia de la Iglesia; nadie puede ocupar tu lugar, nadie puede hacer lo que sólo tú puedes hacer.

Así que ayudémosnos mutuamente a creer que somos amados y valiosos, que estamos hechos para cosas grandes. Recemos por ello y animémosnos mutuamente.

Y no se olviden tampoco de ayudarme con sus oraciones. *Köszönöm!* [¡Gracias!]



Viaje apostólico del Papa Francisco a Hungría

Misa en la plaza Kossuth Lajos

Puertas abiertas para crecer en fraternidad y paz

En la mañana del 30 de abril, cuarto domingo de Pascua y 60ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, el Papa Francisco celebró una misa en la plaza Kossuth de Budapest. Publicamos, a continuación, la homilía que pronunció tras la proclamación de las lecturas.

Las últimas palabras que Jesús pronuncia, en el Evangelio que hemos escuchado, resumen el sentido de su misión: «Yo he venido para que tengan Vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Esto es lo que hace un buen pastor: da la vida por sus ovejas. Así Jesús, como un pastor que va en busca de su rebaño, vino a buscarnos cuando estábamos perdidos; como un pastor, vino a arrancarnos de la muerte; como un pastor, que conoce a cada una de sus ovejas y las ama con ternura infinita, nos ha hecho entrar en el redil del Padre, haciéndonos hijos suyos. Contemplemos entonces la imagen del buen Pastor, y detengámonos en dos acciones que, como narra el Evangelio, Él realiza por sus ovejas: primero las llama, después las hace salir.

1. En primer lugar, «llama a sus ovejas» (cf. v. 3). Al comienzo de nuestra historia de salvación no estamos nosotros con nuestros méritos, nuestras capacidades, nuestras estructuras; en el origen está la llamada de Dios, su deseo de alcanzarnos, su preocupación por cada uno de nosotros, la abundancia de su misericordia que quiere salvarnos del pecado y de la muerte, para darnos la vida en abundancia y la alegría sin fin. Jesús vino como buen Pastor de la humanidad para llamarnos y llevarnos a casa. Nosotros entonces, con memoria agradecida, podemos recordar su amor por nosotros; por nosotros que estábamos alejados de Él. Sí, mientras «todos andábamos errantes como ovejas» y «siguiendo cada uno su propio camino» (Is 53,6), Él soportó nuestras iniquidades y cargó con nuestras culpas, conduciéndonos nuevamente al corazón del Padre. Así lo hemos escuchado del apóstol Pedro en la segunda Lectura: «Porque antes andaban como ovejas perdidas, pero ahora han vuelto al Pastor y Guardián de ustedes» (1 P 2,25). Y, aún hoy, en cada situación de la vida, en aquello que llevamos en el corazón, en nuestros extravíos, en nuestros miedos, en el sentido de derrota que a veces nos asalta, en la prisión de la tristeza que amenaza con encerrarnos, Él nos llama. Viene como buen Pastor y nos llama por nuestro nombre, para decirnos lo valiosos que somos a sus ojos, para curar nuestras heridas y cargar sobre sí nuestras debilidades, para reunirse en su grey y hacernos fami-



lia con el Padre y entre nosotros.

Hermanos y hermanas, mientras estamos aquí esta mañana, sentimos la alegría de ser pueblo santo de Dios. Todos nosotros nacemos de su llamada; Él es quien nos ha convocado y por eso somos su pueblo, su rebaño, su Iglesia. Nos ha reunido aquí para que, aun siendo diferentes entre nosotros y perteneciendo a comunidades distintas, la grandeza de su amor nos congregue a todos en un único abrazo. Es hermoso estar juntos: los obispos y los sacerdotes, los religiosos y los fieles laicos; y es hermoso compartir esta alegría junto con las Delegaciones ecuménicas, los jefes de la Comunidad judía, los representantes de las Instituciones civiles y del Cuerpo diplomático. Esto es catolicidad: todos nosotros, llamados por nuestro nombre por el buen Pastor, estamos invitados a acoger y difundir su amor, a hacer que su redil sea inclusivo y nunca excluyente. Y, por eso, todos estamos llamados a cultivar relaciones de fraternidad y colaboración, sin dividirnos entre nosotros, sin considerar nuestra comunidad como un ambiente reservado, sin dejarnos arrastrar por la preocupación de defender cada uno el propio espacio, sino abriéndonos al amor mutuo.

2. Después de haber llamado a las ovejas, el Pastor «las hace salir» (Jn 10,3). Primero, llámándolas, las hizo entrar en el rebaño, luego las conduce hacia afuera. Primero somos reunidos en la familia de Dios para ser constituidos

su pueblo, pero después somos enviados al mundo para que, con valentía y sin miedo, seamos anunciadores de la Buena Noticia, testigos del amor que nos ha regenerado. Este movimiento —entrar y salir— podemos comprenderlo con otra imagen que usa Jesús; la de la puerta. Él dice: «Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento» (v. 9). Volvamos a escuchar bien esto: entrará y saldrá. Por una parte, Jesús es la puerta que se abre de par en par para hacernos entrar en la comunión del Padre y experimentar su misericordia; pero, como todos saben, una puerta abierta sirve tanto para entrar como para salir del lugar en el que se encuentra. Y entonces Jesús, después de habernos conducido nuevamente al abrazo de Dios y al redil de la Iglesia, es la puerta que nos hace salir al mundo. Él nos impulsa a ir al encuentro de los hermanos. Y recordémoslo bien: todos, sin excepción, estamos llamados a esto, a salir de nuestras comodidades y tener la valentía de llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 20).

Hermanos y hermanas, estar «en salida» significa para cada uno de nosotros convertirse, como Jesús, en una puerta abierta. Es triste y hace daño ver puertas cerradas: las puertas cerradas de nuestro egoísmo hacia quien camina con nosotros cada día, las puertas cerradas de nuestro individualismo en una sociedad que corre el

riesgo de atrofiarse en la soledad; las puertas cerradas de nuestra indiferencia ante quien está sumido en el sufrimiento y en la pobreza; las puertas cerradas al extranjero, al que es diferente, al migrante, al pobre. E incluso las puertas cerradas de nuestras comunidades eclesiales: cerradas entre nosotros, cerradas al mundo, cerradas al que «no está en regla», cerradas al que anhela al perdón de Dios. Hermanos y hermanas, por favor, por favor, ¡abramos las puertas! También nosotros intentemos —con las palabras, los gestos, las actividades cotidianas— ser como Jesús, una puerta abierta, una puerta que nunca se le cierra en la cara a nadie, una puerta que permite entrar a experimentar la belleza del amor y del perdón del Señor.

Repito esto sobre todo a mí mismo, a los hermanos obispos y sacerdotes; a nosotros pastores. Porque el pastor, dice Jesús, no es un asaltante o un ladrón (cf. Jn 10,8); no se aprovecha de su cargo, es decir, no oprime al rebaño que le ha sido confiado; no «roba» el espacio de los hermanos laicos; no ejercita una autoridad rígida. Hermanos, animémosnos a ser puertas cada vez más abiertas; «facilitadores» de la gracia de Dios, expertos en cercanía, dispuestos a ofrecer la vida, así como Jesucristo, nuestro Señor y nuestro todo, nos lo enseña con los brazos abiertos desde la cátedra de la cruz y nos lo muestra cada vez en el altar, Pan vivo que se parte por nosotros. Lo digo también a los hermanos y a las hermanas laicos, a los catequistas, a los agentes pastorales, a quienes tienen responsabilidades políticas y sociales, a aquellos que sencillamente llevan adelante su vida cotidiana, a veces con dificultad: sean puertas abiertas. Dejemos entrar en el corazón al Señor de la vida, su Palabra que consuela y sana, para luego salir y ser, nosotros mismos, puertas abiertas en la sociedad. Ser abiertos e inclusivos unos con otros, para ayudar a Hungría a crecer en la fraternidad, camino de la paz.

Queridos hermanos y hermanas, Jesús buen Pastor nos llama por nuestro nombre y nos cuida con ternura infinita. Él es la puerta y quien entra por Él tiene la vida eterna. Él es nuestro futuro, un futuro de «Vida en abundancia» (Jn 10,10). Por eso, no nos desanimemos nunca, no nos dejemos robar nunca la alegría y la paz que Él nos ha dado; no nos encerramos en los problemas o en la apatía. Dejémosnos acompañar por nuestro Pastor; con Él, nuestra vida, nuestras familias, nuestras comunidades cristianas y toda Hungría resplandezcan de vida nueva.

El Regina Caeli al final de la misa

Un futuro de cunas y esperanza, no de guerras y tumbas

A última hora de la mañana del domingo 30 de abril, al final de la misa celebrada en Budapest en la plaza Lajos Kossuth, el Papa dirigió el rezo del Regina Caeli. Publicamos, a continuación, las palabras introductorias del Pontífice.

Agradezco al cardenal Erdő sus palabras. Saludo a la señora Presidenta, al Primer Ministro y a las autoridades presentes. Ya próximo a regresar a Roma, deseo expresarles mi agradecimiento a ellos, a los hermanos obispos, a los sacerdotes, a las consagradas y a los consagrados, y a todo el amado pueblo húngaro por la acogida y el afecto que he sentido en estos días. Y manifiesto mi gratitud a los que han venido desde lejos y a los que han trabajado tanto y tan bien por esta visita. A todos les digo: *köszönöm, Isten*

fizesse! ¡gracias, que Dios los recompense! Un recuerdo especial por los enfermos y los ancianos, por quienes no han podido estar aquí, por quienes se sienten solos y por quienes han perdido la fe en Dios y la esperanza en la vida. Estoy cerca de ustedes, rezo por ustedes y los bendigo.

Saludo a los diplomáticos y a los hermanos y hermanas de otras confesiones cristianas. Gracias por su presencia y gracias porque en este país diversas confesiones y religiones se encuentran y se sostienen recíprocamente. El cardenal Erdő ha dicho que aquí se vive «en la frontera oriental de la cristiandad occidental desde hace mil años». Es hermoso que las fronteras no representen barreras que separan, sino zonas de contacto; y que los creyentes en Cristo pongan

en primer lugar la caridad que une y no las diferencias históricas, culturales y religiosas que dividen. Nos congrega el Evangelio y es volviendo allí, a las fuentes, donde el camino entre los cristianos proseguirá según la voluntad de Jesús, Buen Pastor, que nos quiere unidos en un solo rebaño.

Nos dirigimos ahora a la Virgen. A ella, *Magna Domina Hungarorum*, a quien invocan como Reina y Patrona, le encomiendo a todos los húngaros. Y desde esta gran ciudad y desde este noble país quisiera confiar de nuevo a su corazón la fe y el futuro de todo el continente europeo, en el que he estado pensando estos días y, de modo particular, la causa de la paz. Santísima Virgen, mira a los pueblos que más sufren. Mira sobre todo al cercano y



martirizado pueblo ucraniano y al pueblo ruso, consagrados a ti. Tú eres la Reina de la paz, infunde en los corazones de los hombres y de los responsables de las naciones el deseo de construir la paz, de dar a las jóvenes generaciones un futuro de

esperanza, no de guerra; un futuro lleno de cunas, no de tumbas; un mundo de hermanos, no de muros. Acudimos a ti, Santa Madre de Dios: después de la resurrección de Jesús acompañaste los primeros pasos de la comunidad cristiana, ha-

ciéndola perseverante y unánime en la oración (cf. *Hch* 1,14). Así mantuviste unidos a los creyentes, preservando la unidad con tu ejemplo dócil y servicial.

Te pedimos por la Iglesia en Europa, para que encuentre la fuerza de la oración; para que descubra en ti la humildad y la obediencia, el ardor del testimonio y la belleza del anuncio. A ti te encomendamos esta Iglesia y este país. Tú, que exultaste por tu Hijo resucitado, llena nuestros corazones de su alegría. Queridos hermanos y hermanas, les deseo que difundan la alegría de Cristo: *Isten élteszen!* ¡Felicidades! Agradecido por estos días, los llevo en el corazón y les pido que recen por mí. Isten áld meg a magyart!

[Que Dios bendiga a los húngaros!]

Viaje apostólico del Papa Francisco a Hungría

Encuentro con el mundo universitario y de la cultura

La cultura es la preservación de lo humano

El domingo 30 de abril por la tarde, el Papa Francisco pronunció el último discurso de su viaje a Hungría, en un encuentro con el mundo académico y cultural en la Facultad de Informática y Ciencias Biónicas de la Universidad Católica "Péter Pázmány" de Budapest. Publicamos, a continuación, el texto.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenas tardes!

Saludo a cada uno de ustedes y agradezco las hermosas palabras que se han dicho y sobre las cuales me detendré en breve. Este es el último encuentro de mi visita a Hungría y, con el corazón agradecido, me da gusto pensar en el curso del Danubio, que conecta este país con muchos otros, uniendo, además de su geografía, también su historia. La cultura, en cierto sentido, es como un gran río: conecta y recorre varias regiones de la vida y de la historia poniéndolas en relación, permite navegar en el mundo y abrazar países y tierras lejanas, sacia la mente, riega el alma, hace crecer a la sociedad. La misma palabra cultura deriva del verbo cultivar. El saber conlleva una siembra cotidiana que, penetrando en los surcos de la realidad, da fruto.

Hace cien años, Romano Guardini, gran intelectual y hombre de fe, precisamente mientras se encontraba inmerso en un paisaje único por la belleza de las aguas, tuvo una fecunda intuición cultural. Escribió: «Estos días he comprendido claramente que existen dos modos de conocer. El primero, nos conduce a sumergirnos en las cosas y su contexto. El que conoce pretende penetrar, adentrarse en el objeto, convivir con él. El segundo modo consiste en aprender, descomponer, clasificar, tomar posesión del objeto, dominarlo» (cf. *Cartas del Lago de Como. La técnica y el hombre*, Pamplona 2013, p. 59). Distíngue entre un conocimiento humilde y relacional, que es como «un reinar sirviendo; una crea-

ción conforme a las posibilidades que ofrece la naturaleza, que no franquea los límites impuestos» (cf. p. 61), y otro modo de saber, que «no se detiene en la contemplación, sino que analiza. No se sumerge en las cosas, sino que se apodera de ellas» (pp. 60-61).

Y, de esa manera, en este segundo modo de conocer «las energías y la materia han sido conducidas hacia un fin único: las máquinas» (p. 62), y «así se constituye una técnica cuyo fin es subyugar al hombre en su vida» (p. 64). Guardini no demoniza la técnica, la cual permite vivir mejor, comunicar y tener muchas ventajas, sino que advierte el riesgo de que esta se vuelva reguladora, si no dominadora, de la vida. En ese sentido veía un gran peligro: «El hombre ha perdido su consistencia interior derivada de un sentimiento orgánico de la medida y de las formas naturales» y, «mientras permanece en su interior privado de equilibrio, sin orientación, establece arbitrariamente sus fines y obliga a las fuerzas de la naturaleza, que él mismo sometió, a convertirse en realidad» (pp. 64-65). Y dejaba a las futuras generaciones una pregunta inquietante: «¿Qué va a ser de la vida si se deja someter por este orden de cosas? [...] ¿Qué será de la vida [...] si se somete a los imperativos despóticos de la técnica? Un sistema mecanicista se cierne sobre la vida [...]. ¿Puede la vida permanecer floreciente en medio de este sistema?» (pp. 65-66).

¿Puede la vida permanecer floreciente? Es una cuestión que, especialmente en este lugar, donde se profundizan la informática y las «ciencias biónicas», es bueno plantearse. De hecho, lo que había intuitido Guardini es evidente en nuestros días. Pensemos en la crisis ecológica, en la naturaleza que simplemente está reaccionando al uso instrumental que le hemos dado. Pensemos en la falta de lí-

mites, en la lógica del «se puede hacer, por tanto, es lícito». Pensemos también en la voluntad de poner en el centro de todo no a la persona y sus relaciones, sino al individuo centrado en sus propias necesidades, ávido por acumular y voraz por aferrar la realidad. Y, en consecuencia, pensemos en la erosión de los vínculos comunitarios, por la que la soledad y el miedo, de condiciones existenciales, parecen transformarse en condiciones sociales. Cuántos individuos aislados, muy «de redes sociales» y poco sociales, recurren, como en un círculo vicioso, a los consuelos de la técnica para llenar el vacío que experimentan, corriendo de manera aún más frenética mientras, esclavos de un capitalismo salvaje, sienten de manera aún más dolorosa las propias debilidades, en una sociedad donde la velocidad exterior va a la par de la fragilidad interior. Este es el drama. Diciendo esto no quiero generar pesimismo —sería contrario a la fe que tengo la alegría de profesar—, sino reflexionar sobre esta «arrogancia de ser y de tener», que ya en los albores de la cultura europea Homero veía como una amenaza y que el paradigma tecnocrático exaspera, con un cierto uso de los algoritmos que puede representar un ulterior riesgo de desestabilización de lo humano.

En una novela que he citado otras veces, Señor del mundo, de Robert Benson, se observa «que la complejidad mecánica no es sinónimo de verdadera grandeza y que en la exterioridad más fastuosa se esconde la insidia más sutil». En este libro, en cierto sentido «profético», escrito hace más de un siglo, se describe un futuro dominado por la técnica y en el que todo, en nombre del progreso, está uniformado; en todas partes se predica un nuevo «humanismo» que suprime las diferencias, anulando la vida de los pueblos y aboliendo las religiones. Aboliendo todas las diferencias. Ideologías opuestas convergen en una homologación que coloniza ideológicamente. Este es el drama la colonización ideológica; el hombre, en contacto con las máquinas, se achata cada vez más, mientras la vida común se vuelve triste y enrarecida. En ese mundo avanzado pero sombrío, que describe Benson, donde todos parecen insensibles y anestesiados, parece obvio descartar a los enfermos y aplicar la eutanasia, así como abolir las lenguas y las culturas nacionales para alcanzar la paz universal, que en realidad se transforma en una persecución fundada sobre la imposición del consenso, hasta el punto de hacer afirmar a uno de los protagonistas que «el mundo parece a merced de una vitalidad perversa, que lo corrompe y lo confunde todo». Me he extendido en este análisis sombrío precisamente porque es en ese contexto donde los roles de la cultura y de la universidad brillan mejor. La universidad es, en efecto, como

indica el mismo nombre, el lugar donde el pensamiento nace, crece y madura abierto y sinfónico; no monocorde ni cerrado, más bien abierto y sinfónico. Es el «templo» donde el conocimiento está llamado a liberarse de los límites estrechos del tener y del poseer para convertirse en cultura, es decir, en «cultivo» del hombre y de sus relaciones fundamentales: con el trascendente, con la sociedad, con la historia, con la creación. A este respecto, afirma el Concilio Vaticano II: «La cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formarse un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido religioso, moral y social» (Const. past. *Gaudium et spes*, 59). Ya en la antigüedad se decía que el comienzo del filosofar es la admiración, la capacidad de admiración. En esta perspectiva, he apreciado mucho vuestras palabras. Las tuyas, monseñor Rector, cuando ha dicho que «en todo verdadero científico hay algo de escriba, de sacerdote, de profeta y de místico»; y también que «con la ayuda de la ciencia no queremos sólo entender, queremos también hacer lo correcto, es decir, construir una civilización humana y solidaria, una cultura y un ambiente sostenibles. Es con el corazón humilde que podemos subir no sólo al monte del Señor, sino también al monte de la ciencia».

Es verdad, los grandes intelectuales, de hecho, son humildes. Por otra parte, el misterio de la vida se revela a quien sabe introducirse en las pequeñas cosas. A este respecto, es hermoso lo que nos ha dicho Dorotya: «Descubriendo detalles cada vez más pequeños nos sumergimos en la complejidad de la obra de Dios». La cultura así entendida representa verdaderamente la salvaguardia de lo humano. Ahonda en la contemplación y moldea personas que no están a merced de las modas del momento, sino bien arraigadas en la realidad de las cosas. Y que, humildes discípulas del saber, sienten que deben ser abiertas y comunicativas, nunca rígidas y combativas. De hecho, quien ama la cultura no se siente nunca satisfecho, sino que lleva en sí una sana inquietud. Busca, interroga, arriesga, explora; sabe salir de sus propias certezas para aventurarse con humildad en el misterio de la vida, que se armoniza con la inquietud, no con la costumbre; que se abre a las otras culturas y advierte la necesidad de compartir el saber. Este es el espíritu de la universidad, y les agradezco porque lo viven así, como nos ha dicho el profesor Major, que ha explicado la belleza de cooperar con otras realidades educativas, por medio de programas de investigación



compartidos y también acogiendo a estudiantes provenientes de otras regiones del mundo, como Oriente Medio, en particular de la martirizada Siria. Abriéndonos a los demás nos conocemos mejor a nosotros mismos. La apertura, abrirse a los demás es como un espejo: me hace conocerme mejor a mí mismo.

La cultura nos acompaña en el conocimiento de nosotros mismos. Lo recuerda el pensamiento clásico, que nunca debe desaparecer. Vienen a la mente las célebres palabras del oráculo de Delfos: «Conócete a ti mismo». Es una de las dos frases que quisiera dejarles como conclusión. Pero, ¿qué significa conocerte a ti mismo? Quiere decir saber reconocer los propios límites y, en consecuencia, frenar la propia presunción de autosuficiencia. Nos hace bien, porque es sobre todo reconociéndonos creaturas cuando nos volvemos creativos, sumergiéndonos en el mundo, en vez de dominarlo. Y mientras que el pensamiento tecnocrático persigue un progreso que no admite límites, el hombre real está hecho también de fragilidad, y es a menudo justamente ahí cuando comprende que depende de Dios y que está conectado con los otros y con la creación. Por tanto, la frase del oráculo de Delfos invita a un conocimiento que, partiendo de la humildad, partiendo del límite, partiendo de la humildad del límite descubre sus maravillosas potencialidades, que van más allá de las de la técnica. En otras palabras, conocerse a sí mismo requiere mantener unidas, en una dialéctica virtuosa, la fragilidad y la grandeza del hombre. Del asombro de este contraste surge

la cultura; nunca satisfecha y siempre en búsqueda, inquieta y comunitaria, disciplinada en su finitud y abierta al absoluto. Me gustaría que cultiven este apasionante descubrimiento de la verdad.

La segunda frase se refiere precisamente a la verdad. Es una frase de Jesús: «La verdad los hará libres» (Jn 8,32). Hungría ha visto subsecuirse ideologías que se imponían como verdad, pero no daban libertad. Y hoy el riesgo tampoco ha desaparecido; pienso en el paso del comunismo al consumismo. En ambos «ismos» hay una falsa idea de libertad; la del comunismo era una «libertad» forzada, limitada desde fuera, decidida por otro; la del consumismo es una «libertad» libertina, hedonista, aplanada, que nos vuelve esclavos del consumo y de las cosas. Y qué fácil es pasar de los límites impuestos al pensar, como en el comunismo, al pensarse sin límites, como en el consumismo; de una libertad frenada a una libertad sin frenos. Jesús, en cambio, nos ofrece una salida, diciendo que la verdad es todo aquello que libera, aquello que libera al hombre de sus dependencias y de sus cerrazones. La clave para acceder a esta verdad es un conocimiento que nunca se desvincula del amor, relacional, humilde y abierto, concreto y comunitario, valiente y constructivo. Esto es lo que las universidades están llamadas a cultivar y la fe a alimentar. Les deseo, por tanto, a esta y a todas las universidades, que sean un centro de universalidad y de libertad, una fecunda obra de humanismo, un taller de esperanza. Los bendigo de corazón y les agradezco lo que hacen: ¡Muchas gracias!

Las palabras de agradecimiento al finalizar la visita

Entre los niños del instituto beato László Batthyány-Strattmann

El segundo día del viaje papa se abrió con la visita a los niños acogidos por el instituto dedicado al beato László Batthyány-Strattmann. El Pontífice acudió al centro que está en Budapest, la mañana del sábado 29 de abril, deteniéndose con los pequeños y dirigiéndoles estas palabras de saludo.

Muchas gracias a todos vosotros por la acogida y la ternura. Gracias por vuestros cantos, por vuestros gestos, por vuestros ojos. Gracias, señor director, porque usted ha querido iniciar este acto con la oración de san Francisco, que es un programa de vida. Porque el Santo siempre pide la gracia que donde no hay algo que yo pueda hacer algo, cuando falta algo yo pueda hacer algo. En un camino de la realidad como es, llevar adelante, hacer caminar la realidad. Y esto es Evangelio puro. Jesús ha venido a tomar la realidad cómo es y llevarla adelante. Habría sido más fácil tomar las ideas, las ideologías y llevarlas adelante sin tener en cuenta la realidad. Este es el camino evangélico, este es el camino de Jesús. Y esto es lo que usted señor director ha querido expresar con la oración de san Francisco. Gracias. ¡Y gracias a todos vosotros!

El encuentro con el metropolitano ortodoxo de Budapest y de Hungría



A su llegada a la nunciatura, al finalizar la mañana del sábado 29 de abril, el Papa Francisco recibió al metropolitano ortodoxo Hilarión de Budapest y de Hungría. El encuentro, de tono cordial, duró cerca de 20 minutos.

Viaje apostólico del Papa Francisco a Hungría

La rueda de prensa durante el vuelo de regreso a Roma

La paz se construye abriendo canales de amistad

La Santa Sede está dispuesta a comprometerse para que regresen a Ucrania los niños llevados a la fuerza a Rusia

En el vuelo que desde Budapest le llevó de vuelta a Roma, el Papa Francisco respondió - como es habitual al finalizar los viajes internacionales - a las preguntas que le dirigieron los periodistas acreditados. Introduciendo el coloquio, el directo de la Sala de prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni, dio las gracias al Pontífice «or sus palabras en estos días en los que ha tenido tantos encuentros con los distintos representantes de la sociedad húngara, de algún modo dando continuidad a los encuentros que se realizaron en septiembre de 2021», y también «por esta ocasión en la que podemos seguir hablando del viaje con usted». A continuación, publicamos las palabras del Pontífice.



Buenas tardes y gracias a ustedes por el trabajo y la compañía. Han sido tres días intensos pero buenos. Ahora ustedes tienen la palabra.

[Antal Hubai (RTL KLUB)] Buenos días, sabemos que usted, Santo Padre, ha tenido distintas experiencias personales con los húngaros a lo largo de su vida. ¿Ha cambiado su percepción, y si es así cómo, después de los encuentros que ha tenido ahora en Hungría?

Sí, es verdad, tuve experiencias en los años 60 cuando estudiaba en Chile. Muchos jesuitas húngaros tuvieron que emigrar allí porque fueron expulsados de Hungría. También entablé una gran amistad con las religiosas húngaras de María Ward, que tenían una escuela a 20 km. de Buenos Aires. Yo las visitaba dos veces al mes y hacía un poco de capellán extraordinario. Además, con una asociación de laicos húngaros de Buenos Aires que trabajaban en la colegiata húngara; los conocía bastante. No entendía el idioma, pero dos palabras entendí: gulasch y tokaj. Fue una experiencia hermosa y me llamó la atención el enorme dolor de ser refugiados, de no poder volver a casa; y las religiosas de María Ward que se quedaron allí estaban escondidas en departamentos para que el régimen no se las llevara. Después conocí más de cerca toda la problemática que existió para convencer al buen Cardenal Mindszenty de que fuese a Roma. Y conocí también el entusiasmo del año 56 y la posterior desilusión. Más o menos esto.

[Matteo Bruni] ... si ha cambiado su opinión sobre los húngaros después de estos dos breves viajes...

No, no ha cambiado. Puede que se haya enriquecido, enriquecido en el sentido de que los húngaros que he conocido tienen una gran cultura, una gran cultura; también los que no eran de una clase social alta, incluso las personas sencillas tenían una cultura de base muy elevada. Hablaban normalmente alemán o inglés, porque el húngaro no se habla fuera de Hungría. Sólo en el paraíso se habla porque dicen que se nece-

sita una eternidad para aprender la lengua húngara. No ha cambiado, al contrario, he visto el estilo que conocía.

[Eliana Ruggiero (AGI)] Santo Padre, usted ha lanzado un llamamiento a abrir - a volver a abrir - las puertas de nuestro egoísmo a los pobres, a los migrantes, a aquellos que no están en regla. En su encuentro con el Primer Ministro húngaro Orbán, ¿le ha pedido que reabra las fronteras de la ruta balcánica que cerró? Después, en los días pasados se encontró también con el Metropolitano Hilarión, ¿Hilarión y el mismo Orbán pueden convertirse en canales de apertura hacia Moscú para acelerar un proceso de paz para Ucrania, o hacer posible un encuentro entre usted y el Presidente Putin? Gracias.

Creo que la paz se construye siempre abriendo canales, nunca se puede construir una paz cerrándose. Invito a todos a abrir relaciones, canales de amistad. Esto no es fácil. El mismo discurso que hice en general, lo hice con Orbán y lo hago en todas partes. Sobre las migraciones. Creo que sea un problema que Europa debe asumir, porque los cinco países que más sufren son: Chipre, Grecia, Malta, Italia y España, porque son los países mediterráneos y es ahí donde desembarca la mayoría. Y si Europa no se hace cargo de esto, de una distribución equitativa de los migrantes, el problema será sólo de estos países. Creo que Europa debe mostrar que es la "Unión Europea" también en esto.

Hay otro problema que está vinculado a la migración, y es el índice de natalidad. Hay países como Italia y España en los que hay pocos nacimientos. El año pasado hablé sobre esto en un encuentro de familias y últimamente he visto que también el gobierno [italiano] y otros gobiernos hablan de ello. La edad media en Italia es de 46 años, en España es todavía más alta y hay pueblos desiertos. Un programa migratorio, con la condición de que sea llevado adelante adecuadamente, según el modelo que algunos países han seguido con la migración - pienso por ejemplo en Suecia en el tiempo de las dictaduras latinoamericanas -, puede ayudar también a estos países que

tienen una baja tasa de natalidad.

Finalmente, Hilarión. Hilarión es una persona que respeto mucho, y hemos tenido siempre una buena relación. Y él ha tenido la deferencia de venir a verme, y además estubo en la Misa, y lo vi también aquí, en el aeropuerto. Hilarión es una persona inteligente con quien se puede hablar, y estas relaciones es necesario mantenerlas, porque si hablamos de ecumenismo y después decimos "este me gusta, este no me gusta"... Debemos tener la mano tendida a todos, y también recibir la mano de los demás. Con el patriarca Kirill he hablado sólo una vez desde el momento en que inició la guerra, 40 minutos por zoom, después a través de Antony, que ocupa el puesto de Hilarión, ahora, y que viene a verme. Es un obispo que fue párroco en Roma y conoce bien el ambiente, y siempre a través de él estoy en contacto con Kirill. Está en suspenso el encuentro que debíamos tener en Jerusalén en julio o junio del año pasado, pero por la guerra se suspendió. Este se debe hacer. Y después, con los rusos tengo una buena relación con el embajador que ahora termina, embajador desde hace siete años en el Vaticano, es un hombre grande, un hombre *comme il faut* [como se debe]. Una persona seria, culta, muy equilibrada. La relación con los rusos principalmente es con este embajador. No sé si he dicho todo.

[Eliana Ruggiero] Si de algún modo Hilarión y también Orbán podrían acelerar el proceso de paz en Ucrania y también hacer posible un encuentro entre usted y Putin, ¿podrían hacer - entre comillas - de intermediarios?

Usted puede imaginar que en este encuentro no hemos hablado sólo de Caperucita Roja, hemos hablado de todas estas cosas. Se habla de esto porque el camino de la paz les interesa a todos. Yo estoy dispuesto, estoy dispuesto a hacer todo aquello que se deba hacer. También ahora se está realizando una misión, pero no es pública, veremos. Cuando sea pública hablaré de ella.

[Aura Maria Vistas Miguel (Rádío

Renascença, Portugal)] Santidad, la próxima etapa es Lisboa, por tanto, dos cosas. ¿Cómo está de salud? Porque nos tomó de sorpresa cuando usted fue al hospital. Alguno dijo que usted se había desmayado. Entonces, ¿se siente con fuerzas para ir a encontrar a miles de jóvenes en esos días de agosto en Lisboa? Y a la JM7, ¿le gustaría invitar a un joven ucraniano y a un joven ruso como signo de paz también para las nuevas generaciones?

En primer lugar, la salud. Lo que tuve fue un fuerte malestar al final de la audiencia del miércoles. No quise almorzar y me recosté un poco. No me desmayé, pero tenía mucha fiebre, y a las tres de la tarde el médico en seguida me llevó al hospital. Era una pulmonía aguda y fuerte, en la parte baja de los pulmones. Gracias a Dios lo puedo contar, porque el organismo, el cuerpo, respondió bien al tratamiento. Gracias a Dios. Esto es lo que tuve.

Después lo de Lisboa. El día antes de salir hablé con Mons. Américo [Américo Aguiar, obispo auxiliar de Lisboa y presidente de la Fundación JM7 2023] que vino a ver un poco cómo estaban las cosas. Sí, iré, iré, y espero lograrlo. Ustedes ya ven que no es lo mismo que hace dos años, pero con el bastón... Ahora estoy mejor, y por el momento no he cancelado el viaje. Además, está el viaje a Marsella, también el viaje a Mongolia, y todavía hay un último que no recuerdo... Todavía el programa me hace estar en movimiento, veremos.

[Aura Maria Vistas Miguel] ¿Y el encuentro con los dos jóvenes de Rusia y Ucrania?

Américo tiene algo pensado, él me ha dicho que está preparando algo. Lo está preparando bien.

[Nicole Winfield (Associated Press)] Santo Padre, quisiera preguntarle algo distinto. Recientemente usted hizo un gesto ecuménico muy fuerte, donó a Grecia a través de los Museos Vaticanos los tres fragmentos de las esculturas del Partenón. Este gesto ha tenido un eco fuera del mundo ortodoxo, porque muchos museos de occidente están discutiendo precisamente sobre la restitución de los objetos adquiridos durante el periodo colonial, como un acto de justicia hacia estas personas. Quería



preguntarle si usted estaría dispuesto a otros gestos de restitución. Pienso por ejemplo en los pueblos y en los grupos indígenas de Canadá que han solicitado la devolución de objetos de las colecciones vaticanas como parte del proceso de reparación por los daños sufridos en el periodo colonial.

Esto, en primer lugar, es el séptimo mandamiento. Si has robado, debes restituir. Pero hay toda una historia. A veces las guerras y las colonizaciones llevan a tomar estas decisiones de apropiarse de cosas buenas de los demás. Este gesto con el Partenón, fue un gesto justo, se debía hacer, se debía dar algo. Y si mañana vienen los egipcios a pedir el obelisco, ¿qué haremos? Ahí hay que hacer un discernimiento, en cada caso. Y después la restitución de las cosas indígenas. Esto ya se está tramitando, con Canadá, al menos estábamos de acuerdo en hacerlo. Ahora preguntaré en qué punto estamos. Pero la experiencia que tuve con los aborígenes de Canadá ha sido muy fructífera. También en Estados Unidos los jesuitas están haciendo algo, con ese grupo de indígenas en los Estados Unidos, el Padre General me ha comentado algo el otro día. Pero volvamos a la restitución. En la medida en que se puede restituir, que es un gesto necesario, es mejor hacerlo. A veces no se puede, no hay posibilidad política o posibilidad real, concreta. Pero en la medida en que se puede restituir, que se haga; por favor, esto hace bien a todos. Para no habituarse a poner la mano en el bolsillo de los demás.

[Eva Fernández (Radio Cope)] El

Primer Ministro ucraniano ha pedido su ayuda para hacer volver a los niños que fueron deportados forzosamente a Rusia. ¿Pienso que podrá ayudarlo? Gracias.

Pienso que sí, porque la Santa Sede ha hecho de intermediario en algunas situaciones de cambio de prisioneros, y a través de la embajada se consiguió. Pienso que se puede conseguir también esto. Es importante, al menos, que la Santa Sede está dispuesta a hacerlo porque es justo, es algo justo y debemos ayudar, ayudar a que esto no sea un *casus belli*, sino un caso humano. Es un problema de humanidad antes que un problema de botín de guerra o de "traslado" de guerra. Todos los gestos humanos ayudan, sin embargo, los gestos de crueldad no ayudan. Debemos hacer lo que sea humanamente posible. Pienso también, y quiero decirlo, en las mujeres que llegan a nuestros países, a Italia, España, Polonia, Hungría. Muchas mujeres que llegan con niños, y los maridos o han muerto o están combatiendo en la guerra. Es verdad, hay entusiasmo y en este momento las están ayudando; pero no hay que perder el entusiasmo de hacer esto, porque, cuando decae el entusiasmo, estas mujeres quedan sin protección, con el peligro de caer en las manos de los buitres que siempre están merodeando. Estemos atentos para no perder esta disponibilidad de ayudar a los refugiados. Y esto debemos hacerlo todos. Gracias.

¡Gracias a ustedes! Buen provecho. Pero no sé si es cena o algo para engañar el estómago. Muchas gracias por vuestro trabajo.

Viaje apostólico del Papa Francisco a Hungría

El abrazo con el mundo del sufrimiento

GIANLUCA BICCINI

Con los niños enfermos y con los pobres: el segundo día del Papa Francisco en Hungría se abrió en el signo de la cercanía al mundo del sufrimiento.

En una mañana gris, mojada en algunos momentos por una ligera lluvia que entristeció el ambiente de estos encuentros con personas marcadas por el dolor, en particular el dolor inocente de los más pequeños, el Pontífice llevó su mensaje de esperanza con “el lenguaje de la caridad”. Fue en la visita a un instituto de menores ciegos y discapacitados y a la iglesia de Santa Isabel, donde le esperaba una nutrida representación de los numerosos necesitados asistidos por la Iglesia húngara.

Celebrada en privado la misa en la nunciatura apostólica, su residencia durante su estancia en Budapest, el Pontífice llegó en coche al Instituto que lleva el nombre del beato László Bathányi-Strattmann, el noble que se convirtió en médico, cirujano y oculista, siempre al servicio de los pobres, elevado a los honores de los altares por San Juan Pablo II hace veinte años, en marzo de 2003.

Situado en una verde colina, en la quietud de los árboles en la periferia de la capital, la estructura acoge en su escuela infantil y primaria para ciegos, también a alumnos con discapacidad motriz y necesidades educativas especiales, gracias a la incansable actividad de profesores, voluntarios y profesionales de la salud mental, que tienen a su disposición modernos instrumentos didácticos y de fisioterapia, una piscina y un gimnasio con bicicletas estáticas aptas para niños y un bastidor en el que se alinean las prótesis para poder caminar.

En el centro hay también una capilla para la oración y un laboratorio, donde los huéspedes realizaron productos artesanales en tejidos. Fue fundado y dirigido durante casi cuarenta años por sor Anna Fehér – llamada “madre Teresa de Hungría” – hasta su muerte, que ocurrió en enero de 2021. Pedagoga y también ella con discapacidad visual, fue la última religiosa húngara de la orden de las Hermanas de Santa Isabel. Con el apoyo del cardenal László Lékai, en 1982, inició su obra en la capital en un apartamento de apenas 100 metros cuadrados. La llegada de tantos niños necesitados de atención impulsó en 1989 el traslado a la actual sede, que, gestionada desde 2016 por la organización de origen alemán “Kolping”, conocida en Hungría como “Koszisz”, depende la Conferencia episcopal húngara. Acompañado por el director György Inotay, el Papa vio algunas aulas con las paredes repletas de dibujos de



los alumnos y los pasamanos para facilitar sus pasos inciertos; finalmente llegó al refectorio, donde le esperaban representantes y familiares de los 72 entre niños y muchachos que frecuentan la estructura, algunos de los cuales residen allí de forma estable en un ambiente que ofrece asistencia, educación, pero sobre todo amor. Algunos de ellos están en sillas de ruedas, otros se mueven a tientas con el caminar de quien no puede ver lo que sucede a su alrededor. A veces a la enfermedad se añaden también dificultades psicológicas. Pero gracias al “lenguaje de la caridad” aquí se logran superar muchos pequeños y grandes problemas cotidianos. Tras las palabras de bienvenida del director, que pronunció la oración franciscana *Oh Señor haz de mí un instrumento de tu paz*, presentaron al Obispo de Roma una conmovedora actuación musical, acompañada de las notas de un piano y de instrumentos de percusión, con cantos sagrados y melodías populares, y la ejecución de una melodía con la flauta por parte de una niña. Francisco agradeció con afecto, improvisando palabras de aliento y dejando como regalo una escultura de papel maché de la Virgen desatanudos, la imagen mariana de la que se volvió devoto durante su periodo de estudios teológicos pasado en Alemania.

La oración del Pater Noster estuvo precedida de la bendición impartida a los presentes del Pontífice, que al despedirse también saludó a algunos trabajadores. Así, al dejar el instituto, el Papa se

detuvo a saludar individualmente un centenar de niños y jóvenes de la cercana parroquia que lleva el nombre de san László – el rey Ladislao – que le esperaban en la calle. Llevaban camisetas amarillas y blancas, los colo-

res del Vaticano, rezaron y cantaron atrayendo la atención de los habitantes de la zona, algunos de los cuales se unieron a ellos para saludar al Pontífice.

Al regresar al coche, después recorrió una decena de kilómetros para ir a la plaza de las Rosas, en el barrio judío de Budapest, donde está la iglesia de santa Isabel de Hungría. La joven princesa de la casa de Arpád llevaba el pan a los pobres, por eso el Pontífice visitó el bellissimo templo dedicado a ella, donde estaban reunidos cientos de personas entre indigentes, marginados, representantes de las instituciones y de los servicios de ayuda eclesiales y religiosos activos en el país.

Entre los presente, romaníes húngaros y refugiados pakistaníes, afganos, iraquíes, iraníes, nigerianos y sudaneses, y sobre todo refugiados de Ucrania. Desde el inicio del conflicto, Hungría ha acogido a un millón de personas de la martirizada nación fronteriza, y de estos al menos 30 mil han decidido quedarse en el país, al haber tenido la posibilidad de frecuentar las escuelas y encontrar un empleo. Sobre todo a lo largo de la frontera, la Iglesia, a través de institutos de consagrados y movimientos laicales, ha activado diferentes servicios de acogida y ayuda: *Katolikus Karitás*, *Catholic Relief Service*, Orden de Malta, Comunidad de San Egidio y Misio-

neras de la caridad, entre los más activos en este campo.

Recibido a la entrada por el obispo presidente de la Cáritas húngara y por el párroco de Santa Isabel, que le entregó la cruz y el agua bendita para asperjar a los fieles, mientras el coro entonaba un canto, el Papa recorrió la nave central hasta el altar.

Desde allí escuchó los testimonios de una madre de tres hijas, que encontró ayuda en las dificultades de la Iglesia greco-católica, y de una familia de refugiados ucranianos, padre, madre y cinco hijos, que, con acompañamiento musical de un acordeón y un saxofón, también interpretaron un canto de agradecimiento a las organizaciones benéficas que se hicieron cargo de ellos. Después fue el turno de un diácono permanente y de su mujer, fundadores de un servicio de solidaridad con los sintecho que pueblan las calles de Budapest. Finalmente, el Papa pronunció el discurso, al que le siguió – al ritmo de palmas y sonido de guitarras – las alegres canciones tradicionales de los romaníes, que constituyen el 3 por ciento de la población de Hungría.

Por la plaza de las Rosas, donde otras mil personas habían seguido el encuentro gracias a las pantallas gigantes, el Papa llegó a la vecina parroquia greco-católica para la última cita de la mañana.

Profecía y oración

VIENE DE LA PÁGINA 0

nos sale al encuentro con ese carácter que nos provoca y nos interpela. Y, al mismo tiempo, se trata de interpretarlo todo a la luz del Evangelio, sin mundanizarse –estén atentos–, sino como anunciadores y testigos de la profecía cristiana”.

El Papa nos invita, una vez más, a leer y releer la realidad que nos rodea y con ella nuestra vida. En esta tarea, esencial para captar los signos de la presencia de Dios (“buscar y hallar a Dios en todas las cosas”, según la enseñanza de san Ignacio de Loyola), hay dos riesgos que evitar: la lectura catastrofista y la ingenua, la primera enferma de derrotismo, la segunda contagiada por un conformismo que “nos hace creer que al fin de cuentas todo está bien, que el mundo ha cambiado y debemos adaptarnos –sin discernimiento, esto es feo–. Así, contra el derrotismo catastrofista y el conformismo mundano, el Evangelio nos da ojos nuevos, nos da la gracia del discernimiento para entrar en nuestro tiempo con actitud de acogida, pero también con espíritu de profecía”. Gracias a esta actitud “podemos mirar las tormentas que a veces azotan nuestro mundo, los cambios rápidos y continuos de la sociedad y la misma crisis de fe en Occidente con una mirada que no cede a la resignación y que no pierde de vista la centralidad de la Pascua: Cristo resucitado, centro de la historia, es el futuro. Nuestra vida, aunque marcada por la fragilidad, está puesta firmemente en sus manos”. Es-

ta certeza es la base sobre la que construir la comunión eclesial, que es la “primera pastoral”, prosiguió el Papa, invitando a obispos, sacerdotes y religiosos a vivir en una dimensión sinodal, una meta alta pero posible si se deja espacio a la “caridad fraterna”. Luego exclamó: “Superemos las divisiones humanas para trabajar juntos en la viña del Señor. Sumérjamos en el espíritu del Evangelio, arraiguémonos en la oración, especial-

Evangelio”.

Es una descripción de lo que es y debe ser ese proceso sinodal que el Papa Francisco ha iniciado y está acompañando con mano firme y paciente a la vez. El Sínodo es, pues, ante todo, profecía. Pero también es oración. Quizás esto pueda sonar extraño, pero ciertamente no para los católicos, para quienes toda la vida es de hecho oración, esa fuerza capaz de transformar el mundo según la

expresión de Kierkegaard para quien un monje orante en su celda es la palanca que levanta el mundo.

Hace apenas tres días, hablando a los periodistas en la reunión sobre los cambios en la composición de la asamblea del Sínodo, el cardenal Mario Grech pidió “no quedarse detrás de los votos” porque “el Sínodo es un discernimiento, una oración”.



mente en la adoración y en la escucha de la Palabra de Dios”.

Una vez más, el Papa Francisco expresó su sueño de Iglesia: “Esta es la Iglesia que debemos soñar, una Iglesia capaz de escucha recíproca, de diálogo, de atención a los más débiles; una Iglesia acogedora para con todos, una Iglesia valiente para llevar a cada uno la profecía del

Recordando al cardenal Mindszenty, el Papa recordó un dicho popular: “Si hay un millón de húngaros rezando, no temeré al futuro”. Y concluyó subrayando lo esencial: “Sean acogedores, sean acogedores, sean testigos de la profecía del Evangelio, pero sobre todo sean mujeres y hombres de oración, porque la historia y el futuro dependen de ello”.

El Papa hace un recorrido por el viaje apostólico realizado del 28 al 30 de abril a Hungría

La vocación de Europa es construir puentes de paz entre los pueblos

«Construir puentes de paz entre pueblos diversos»: esta es «la vocación de Europa, llamada por el Papa Francisco a ser «puente de paz», incluyendo las diferencias y acogiendo «llama a sus puertas». El Pontífice lo recordó en la audiencia general de la mañana del miércoles 3 de mayo, recorriendo con los fieles presentes en la plaza de San Pedro y con quienes le seguían a través de los medios, los momentos más significativos del viaje de tres días realizado a Hungría del 28 al 30 de abril.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hace tres días regresé del viaje a Hungría. Desco dar las gracias a todos aquellos que han preparado y acompañado esta visita con la oración, y renovar mi reconocimiento a las autoridades, a la Iglesia local y al pueblo húngaro, un pueblo valiente y rico de memoria. Durante mi estancia en Budapest pude sentir el afecto de todos los húngaros. Hoy quisiera hablarlos de esta visita a través de dos imágenes: las raíces y los puentes.

Las raíces. Fui como peregrino a un pueblo cuya historia —como dijo san Juan Pablo II— ha estado marcada por «muchos santos y héroes, rodeados de multitudes de gente humilde y trabajadora» (*Discurso con ocasión de la ceremonia de bienvenida, Budapest, 6 de septiembre de 1996*).



Los santos nos recuerdan esto: Cristo es nuestro futuro. Las sólidas raíces cristianas del pueblo húngaro han sido puestas a prueba. Su fe fue probada por el fuego. Durante la persecución atea del siglo XX, de hecho, los cristianos fueron golpeados violentamente, con obispos, sacerdotes, religiosos y laicos asesinados o privados de la libertad. Y mientras se intentaba talar el árbol de la fe, las raíces permanecían intactas: se

secuciones, por el desánimo. Esta poetisa cumple hoy 92 años: ¡muchas felicidades, Edith Bruck! Pero también hoy, como surgió en los encuentros con los jóvenes y con el mundo de la cultura, la libertad está amenazada. ¿Cómo? Sobre todo con los guantes blancos, de un consumismo que anestesia, por lo que nos conformamos con un poco de bienestar material y, olvidando el pasado, se «flota» en un presente hecho a escala del individuo. Esta es la persecución peligrosa de la mundanidad, llevada adelante por el consumismo. Pero cuando lo único que cuenta es pensar en sí y hacer lo que se quiera, las raíces se ahogan.

Es un problema que tiene que ver con toda Europa, donde dedicarse a los otros, sentirse comunidad, sentir la belleza de soñar juntos y crear familias numerosas está en crisis. Toda Europa está en crisis. Reflexionemos entonces sobre la importancia de custodiar las raíces, porque sólo profundizando las ramas crecerán hacia lo alto y darán frutos. Cada uno de nosotros puede preguntarse, también como pueblo, cada uno de nosotros: ¿cuáles son las raíces más importantes de mi vida? ¿Dónde estoy arraigado? ¿Las recuerdo, las cuido? Después de las raíces la segunda imagen: los puentes. Budapest, nacida hace 150 años de la unión de tres ciudades, es célebre por los puentes que la atraviesan y unen las partes. Esto ha recordado, especialmente en los encuentros con las autoridades, la importancia de construir puentes de paz entre pueblos diversos. Es, en particular, la vocación de Europa, llamada, como «puente de paz», a incluir las diferencias y a acoger a quien llama a sus puertas. Hermoso, en este sentido, el puente humanitario creado por tantos refugiados de la cercana Ucrania, que he podido encontrar, admirando también la gran red de caridad de la Iglesia húngara.

El país además está muy comprometido en la construcción de «puentes para el mañana»: su atención por el cuidado ecológico —y esto es algo muy, muy hermoso de Hungría— el cuidado ecológico y por el futuro sostenible es grande, y se trabaja para edificar puentes entre las generaciones, entre los ancianos



mer rey, san Esteban, por respeto estaban acostumbrados a dirigirse a ella sin pronunciar el nombre, llamándola sólo con el título de la reina. A la Reina de Hungría encomendamos este querido país, a la Reina de la paz encomendamos la construcción de puentes en el mundo, a la Reina del cielo, que aclamamos en este tiempo pasual, encomendamos nuestros corazones para que estén arraigados en el amor de Dios.

«En este mes de mayo que acaba de comenzar» el Papa Francisco exhorta «a renovar la devoción a la Virgen» rezando cotidianamente «el rosario por la paz», en particular por la Ucrania herida por la guerra. Su invitación llegó al finalizar la catequesis, durante los



Realmente es verdad: he visto mucha gente sencilla y trabajadora custodiar con orgullo el vínculo con las propias raíces. Y entre estas raíces, como evidenciaron los testimonios durante los encuentros con la Iglesia local y con los jóvenes, están sobre todo los santos: santos que han dado la vida por el pueblo, santos que han testimoniado el Evangelio del amor, y que han sido luz en los momentos de oscuridad; muchos santos del pasado que hoy exhortan a superar el riesgo del derrotismo y el miedo del mañana, recordando que Cristo es nuestro futuro.

mantenía una Iglesia oculta, pero viva, fuerte, con la fuerza del Evangelio. Y en Hungría esta última persecución, opresión comunista fue precedida de la nazi, con la trágica deportación de mucha población judía. Pero en ese atroz genocidio muchos destacaron por la resistencia y la capacidad de proteger a las víctimas, y esto fue posible porque las raíces de la vida juntos eran firmes. Nosotros en Roma tenemos una buena poetisa húngara que ha pasado todas estas pruebas y cuenta a los jóvenes la necesidad de luchar por un ideal, para no ser vencidos por las per-

y los jóvenes, desafío hoy irrenunciable para todos. Además, hay otros puentes que la Iglesia, como surgió en el correspondiente encuentro, está llamada a tender hacia el hombre de hoy, porque el anuncio de Cristo no puede consistir solo en la repetición del pasado, sino que siempre necesita ser actualizado, para poder ayudar a las mujeres y a los hombres de nuestro tiempo a redescubrir a Jesús. Y, finalmente, recordando con gratitud los hermosos momentos litúrgicos, la oración con la comunidad greco-católica y la solemne celebración eucarística con tan-

ta participación, pienso en la belleza de crear puentes entre los creyentes: el domingo en la misa estaban presentes cristianos de varios ritos y países, y de diferentes confesiones, que en Hungría trabajan bien juntos. Construir puentes, puentes de armonía y puentes de unidad. Me conmovió, en esta visita, la importancia de la música, que es un rasgo característico de la cultura húngara. Finalmente me gusta recordar, al inicio del mes de mayo, que los húngaros son muy devotos de la Santa Madre de Dios. Consagrados a ella por el pri-

saludos a los peregrinos presentes en la plaza de San Pedro. Después, la audiencia general terminó con el canto del Pater Noster y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, especialmente a los sacerdotes Legionarios de Cristo que fueron ordenados el sábado pasado y a sus familias.

En este mes de mayo pidamos a María, Reina de la paz, que nos enseñe a construir en el mundo puentes de amor y fraternidad. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

El encuentro con el metropolitano ortodoxo Antonij

En la audiencia general participó el metropolitano Antonij de Volokolamsk, presidente del Departamento para las relaciones eclesiológicas exteriores del Patriarcado de Moscú.

Al finalizar el encuentro en la plaza de San Pedro, saludó al Papa Francisco —el cual le saludó besándole la Panagia, el medallón con el icono de la Madre de Dios que el metropolitano lleva colgado al pecho— deteniéndose durante algunos momentos a hablar cordialmente con él.

El Pontífice le regaló una medalla del pontificado, mientras que Antonij le entregó una Panagia contenida de una caja.



Coronación de Carlos III

El cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, representará al Papa Francisco en la coronación de su majestad el rey Carlos III en la abadía de Westminster el sábado 6 de mayo.

